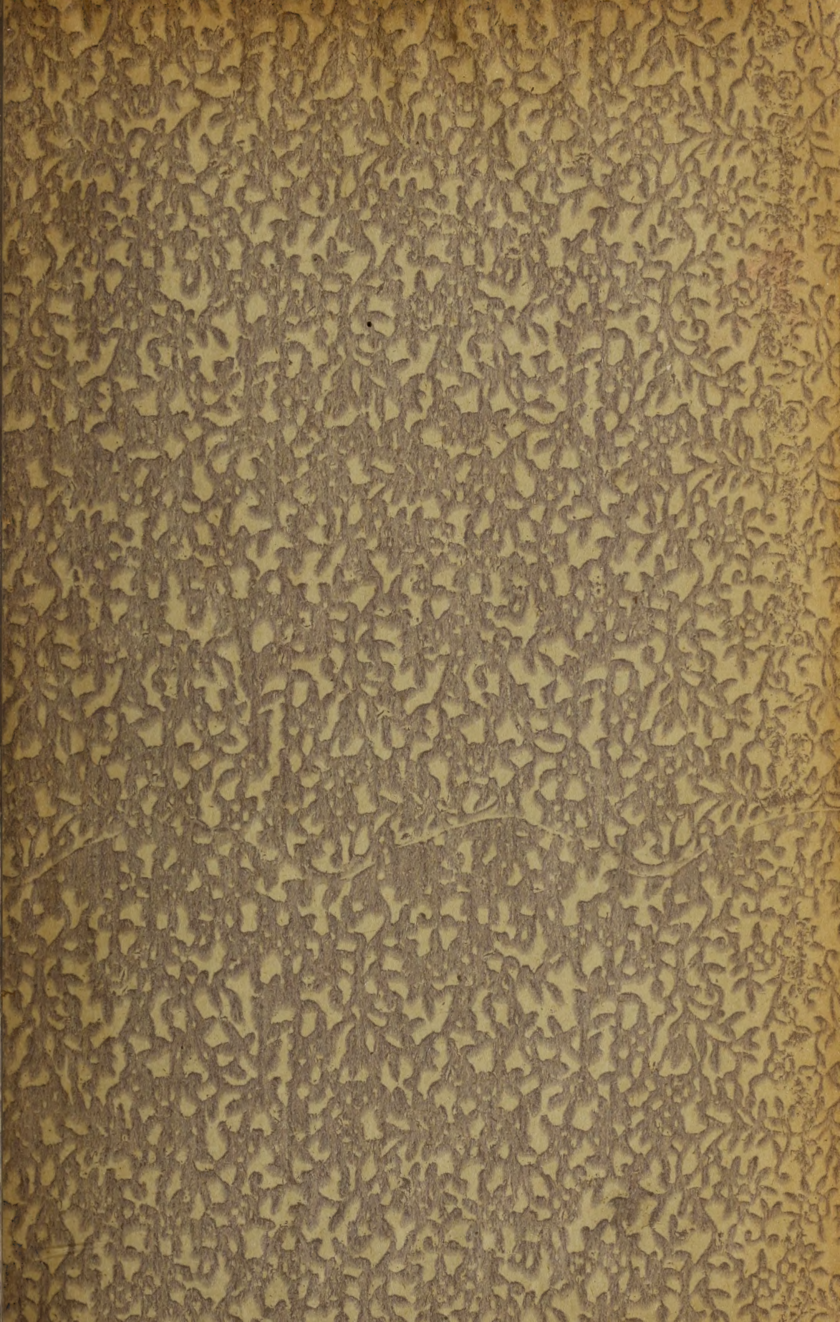

3 1761 09545919 4





G. Martínez Sierra

Mamá

Renacimiento
Madrid

MAMÁ

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL.—PONTEJOS, 3.

G. MARTÍNEZ SIERRA

M A M Á

COMEDIA EN TRES ACTOS



MADRID
RENACIMIENTO
SOCIEDAD ANÓNIMA EDITORIAL
Pontejos, 3.
1912




A MIGUEL A. RÓDENAS

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MERCEDES (38 años)	MARÍA GUERRERO.
CECILIA (18 íd.)..........	M.ª F. LADRÓN DE GUEVARA.
MARTA (19 íd.)...........	AURORA LE-BRET.
ANITA (20 íd)...........	CARMEN JIMÉNEZ.
MANUELA...............	N.
ALFONSO (39 íd.)	FERNANDO DÍAZ DE MENDOZA
SANTIAGO (45 íd.)	EMILIO THUILLIER.
JOSÉ MARÍA (20 íd.).....	ERNESTO VILCHES.
DON FERNANDO (60 íd.).	LUIS MEDRANO.
MAURICIO (23 íd.).......	CARLOS ALLEN-PERKINS.
VELASCO (60 íd.).........	FEDERICO GONZÁLVEZ.
UN CRIADO.............	N.

ACTO PRIMERO

Saloncito de confianza en una casa muy bien puesta; todo completamente moderno, de muy buen gusto, y sobre todo muy confortable. Puertas laterales y una ó dos en el fondo, por las cuales se ven uno ó dos salones, también lujosamente amueblados, en los cuales hay mucha más luz que en las habitaciones de primer término.

Libros, plantas, flores, piano; un arpa.

Al levantarse el telón están en escena SANTIAGO y JOSÉ MARÍA. SANTIAGO está sentado junto á la chimenea, y JOSÉ MARÍA pasea de un lado á otro. SANTIAGO está de frac y JOSÉ MARÍA de smoking. En una mesita auxiliar, cerca de la chimenea, hay servicio de café para cuatro personas.

SANTIAGO

Con un poco de impaciencia.

Las nueve y cuarto ya, y á las diez de seguro empieza á venir gente.

Atraviesa MANUELA por el fondo.

¡Manuela!

MANUELA

Acercándose.

¿Qué quiere el señor?

SANTIAGO

¿No baja la señora?

MANUELA

No sé: estará arreglándose.

SANTIAGO

¿Y la niña?

MANUELA

Con su madre, arreglándose también. ¿Quiere el señor que vaya á ver?

SANTIAGO

No... es decir, sí: dile que si quiere que se le mande también el café á su cuarto.

Manuela va á salir.

CECILIA

Entrando rápidamente, vestida de baile y muy contenta.

No, no, el café no, que en seguida baja; pero que lo vayáis tomando vosotros.

JOSÉ MARÍA

¿Sin ella?

CECILIA

Si viene en seguidita. ¿Lo sirvo yo? Papá, ¿cuántos terrones?

SANTIAGO

Ninguno.

CECILIA

¡Uy, sin azúcar! Sabrá muy mal.

SANTIAGO

Sabe á café.

CECILIA

Riéndose y probando el café con la cucharilla.

¡Qué gusto tan raro!

SANTIAGO

Sonriendo mientras bebe el café.

Me acostumbré á tomarlo así cuando tenía tan poco dinero, que hasta el gasto de un terrón de azúcar necesitaba tener en cuenta. Porque vuestro padre, chiquillos, ha sido pobre como una rata. Al principio, me sabía amargo; pero poco á poco le fuí encontrando al amarguillo una gracia especial, y ahora, por el amargo lo tomo, y cuanto más amargo, más me gusta. Todo es acostumbrarse; que con costumbre y buena voluntad, á las cosas más desagradables les encuentra uno su saborcillo.

CECILIA

Á José María.

¿Y tú?

JOSÉ MARÍA

Yo espero á que baje mamá.

SANTIAGO

Mira que le vas á tomar completamente frío.

JOSÉ MARÍA

Sonriendo.

Me iré acostumbrando.

CECILIA

Sirviéndose café.

Pues yo, tres terrones. ¡Soy más golosa!

SANTIAGO

Como tu madre.

CECILIA

Eso es, como mi madre. ¡Qué guapísima está! ¡Y qué elegante! Ya veréis, ya veréis qué traje... y el traje es lo de menos; cómo le lleva, cómo anda con él... Mamá se viste como nadie en el mundo.

JOSÉ MARÍA

Se viste, y habla, y anda, y se ríe...

CECILIA

¡Qué alegre es! No parece una madre.

JOSÉ MARÍA

Cada vez con más entusiasmo.

Es verdad; no parece una madre. Parece una hermana mayor... y al mismo tiempo más pequeña.

CECILIA

Una reina.

JOSÉ MARÍA

Una niña, ¿verdad, padre?

SANTIAGO

Con un poco de tristeza.

Verdad.

CECILIA

En el colegio, cuando iba á verme, era día de fiesta. A todas nos traía vuelto el juicio y luego nos pasábamos las horas muertas queriéndonos peinar como ella. ¡Poco orgullosa que estaba yo de que fuera mi madre! Todo el mundo la quiere.

JOSÉ MARÍA

Porque se lo merece.

CECILIA

¡Ya lo creo! Los días de visita, los hermanos de todas mis amigas me decían que era la mujer más

bonita del mundo, y uno le hizo unos versos... yo los tengo...

Viendo que José María se acerca á la puerta.

¿Viene ya?

JOSÉ MARÍA

Volviendo al centro de la escena.

Todavía no.

CECILIA

¡Ay, qué contenta estoy de haber vuelto á mi casa! ¡Y ahora ya para siempre! ¡Ay, padre, padre!

Acercándose á él, cogiéndole la cabeza entre las manos y besándole.

Una cosa no te perdono: que me hayas tenido en el colegio ocho años seguidos. ¡Desde los nueve! ¡Habráse visto herejía mayor! ¿De qué le sirve á una tener padre y madre, para vivir como una pobre huérfana, metida en un convento?

SANTIAGO

Ha sido por tu bien, hija mía.

CECILIA

¡Por mi bien! Eso dicen las personas mayores

siempre que le dan á una un disgusto. Por mi bien; para aprender á dividir ¡sólo por dos cifras! y las diez partes de la oración, que siempre las confundo, y que Dios hizo el mundo de la nada, y á rezar, y á bordar, y á decir buenos días en francés, ¡ocho años de encerrona! ¡En ocho horas lo aprendo si me dejan estudiarlo solita y á mi modo!

MERCEDES

Dentro.

¿Pero aún no han traído los helados?

Aparece en una de las puertas seguida de MANUELA.

CECILIA Y JOSÉ MARÍA

A un tiempo.

¡Mamá!

MANUELA

Desde la puerta, mientras MERCEDES adelanta.

No, señora, los traerán enseguida: el tiempo justo. No hace dos horas que los encargamos.

MERCEDES

¡Dos horas! Pues ¿en qué habéis estado pensando? En cuanto yo falto de casa...

MANUELA

Con leve mal humor.

Perdone la señora... como la señora dijo esta mañana que quería hacerlos ella misma para ensayar una receta inglesa, y que se tuviera todo preparado, la cocinera estuvo esperando hasta última hora, y como la señora no ha venido...

MERCEDES

Con un poco de confusión.

Bien, bien... pero ¿estarán?

MANUELA

Descuide la señora.

Sale MANUELA.

MERCEDES

Acercándose á SANTIAGO. Viene elegantísimamente vestida para baile, á ser posible, de blanco.

Se me olvidó... ¡esta cabeza mía! Es decir, no tiene la cabeza toda la culpa. Es que no sé qué le pasa al tiempo: siempre voy corriendo y siempre llego tarde. Creo que desde que nací llevo la vida con media hora de retraso.

SANTIAGO

Afectuosamente.

Si no fuese más que media hora...

MERCEDES

Eso es, ríñeme... muy bonito.

Acercándose á él.

¿Estás disgustado? A ver.

Le coje la cabeza y le mira á los ojos.

Ya sé por qué: porque no he bajado á comer con vosotros. Hijo, no he podido: más lo he sentido yo, pero tenía que vestirme: no sabes á qué hora he vuelto de la calle.

Acercándose á CECILIA.

Este es un mal ejemplo, no lo tomes tú, porque entonces tu padre nos comerá crudas... no, y tiene razón: basta con que haya en casa una cabeza destornillada.

SANTIAGO

¡Mercedes!

MERCEDES

¡Ah!, ¿también está mal que una reconozca sus defectos y los confiese? Pero, ¿no habéis tomado el café?

SANTIAGO

Sí.

CECILIA

Sí.

MERCEDES

Mirando á José María.

¿Y tú, no? Por esperarme á mí...

Abrazándole.

¡Ay, qué hijo tengo más requetesimpático! Tú serás el báculo de mi vejez. Ahora, lo tomaremos los dos juntitos Sirve el café. y se lo serviré yo á mi chiquillo feo.

Le da una taza y toma otra.

¡Uy, qué asco! Está frío. Hijo, no se pueden hacer sacrificios inútiles.

JOSÉ MARÍA

¿Quieres que pida otro?

MERCEDES

No, ¿qué más da? Ahora nos estamos aquí, todos juntos, un ratito en familia, hasta que empiece á venir gente.

Á CECILIA.

Ponte derechas esas flores.

CECILIA

Con aplicación.

¿Así? ¡Más torpe soy para arreglarme!

MERCEDES

Ya irás aprendiendo. Y á ver si te diviertes esta noche, que el baile es para ti, para la señorita que se presenta al mundo, y viene á arrinconar á su madre. ¡Qué vergüenza tener este par de hijos, que le van á una hacer abuela cualquier día de éstos!

JOSÉ MARÍA se ríe.

Sí, sí, ríete. Mucho vas á tardar en traerme una nuera, con ese aire formal tan embustero que te ha dado Dios. ¡Más enamorado vas á ser! ¡Y que te dará por la tremenda! Boda tenemos antes de un año.

JOSÉ MARÍA

Pero, mamá, si no tengo más que veinte...

MERCEDES

Diez y siete tenía yo cuando me casé. Hace veintiuno... ¡la eternidad! No quiero pensarlo.

Levantándose sobresaltada.

¡Ay, Dios mío!

SANTIAGO

¿Qué pasa?

MERCEDES

Que están sin desempaquetar unos muñecos japoneses que he traído para la última figura del cotillón: los dejé en la antesala al entrar, y luego se me fué el santo al cielo.

Va á salir.

CECILIA

Deja, mamá, deja; no te molestes, ya los arreglaré yo.

Sale CECILIA.

MERCEDES

Volviendo á sentarse.

¡Miren qué importancia se da la muñeca! ¡Ay, maridito, qué bien se está á tú lado en paz y en gracia de Dios; sin ruído, sin jaleo..! ¡Ah! ¿no me crees?

SANTIAGO

Me hace gracia que se te ocurra eso cinco minutos antes de un baile que has preparado con tantos afanes.

MERCEDES

¡Con tantos afanes! Cualquiera que te oyese pensaría que soy un monstruo de frivolidad. Ya ves, ahora me alegraría de que no viniese nadie. No hay que darle vueltas: yo he nacido para vivir sencillamente, á la buena de Dios. Sí, sí; me gustaría ser una pobre, mujer de un albañil, por ejemplo; á las doce te iría á buscar á la obra, y

sentaditos en el suelo comeríamos nuestro cocido con azafrán.

Á José María.

Tu serías aprendiz de tipógrafo.

JOSÉ MARÍA

Riéndose.

Y tendría una novia chalequera.

MERCEDES

¡Ay, qué antipáticos de hombres! Todo lo convertís en substancia.

MANUELA

Entrando.

Señora...

MERCEDES

¿Qué pasa?

MANUELA

Que están ahí los músicos; que dónde se colocan.

MERCEDES

Donde siempre; en el gabinetito.

MANUELA

Como la señora tiene allí todas las jaulas de los pájaros...

MERCEDES

Es verdad... bueno, pues lleváis los pájaros á la estufa... no, no, á la estufa no, que está la mona y no los puede ver..., á mi cuarto... tampoco, que está el tocador, y el loro en cuanto ve señoras con plumas, se pone inaguantable.

JOSÉ MARÍA

Que los lleven al mío; yo los instalaré. ¡Pobres bichos!

MERCEDES

Eso es.

Salen José María y Manuela.

No la dejan á una vivir en paz.

Á Manuela.

Llévate el servicio de café.

Pasea un momento.

¡Ay, qué vida esta!

SANTIAGO

Siéntate; estate quieta siquiera un minuto.

MERCEDES

Sentándose en el brazo del sillón donde está su marido.

Todos los que tú quieras.

SANTIAGO

Apartándola.

No, aquí no: ahí, en el sillón de enfrente.

MERCEDES

¿Qué te pasa?

SANTIAGO

¿Qué me va á pasar? Que me gusta mirarte cuando hablo contigo.

MERCEDES

No es eso: es que estás enfadado todavía; por lo de antes *Con aflicción sincera.* ¿verdad?

SANTIAGO

Ya sabes que no puedo enfadarme contigo.

MERCEDES

Muy contenta.

¿De veras?

SANTIAGO

Pero sí me disgusta y me parece mal que el primer día que tienes á tu hija en casa, no hayas comido con todos á la mesa... Ya sé que vas á repetirme que no has tenido tiempo, que has vuelto tarde á casa... ¡peor que peor!

MERCEDES

Te figurarás tú que he salido por gusto; es que he tenido qué sé yo cuántas cosas que hacer. Primero he ido de compras... no me riñas, eran cosas de toda precisión, por lo mismo que ha venido la niña ya para quedarse, y para el baile de esta

noche: á última hora siempre falta algo. Luego he ido á la modista, también para la niña, no la voy á llevar hecha una facha: allí... bueno, allí me entretuve un poquito de más ¡ya ves que lo confieso!

SANTIAGO

Si no hace falta que confieses nada; no te estoy acusando de ningún crimen; no necesitas darme cuentas.

MERCEDES

Es que yo te las quiero dar, para que veas. Luego fuí á casa de unas amigas á elegir personaje para unos cuadros vivos que estamos preparando... No es por diversión, no; es para una fiesta que queremos dar, para reunir fondos y pensionar á un chico...: si tú le conoces, el hijo del conserje de la fábrica, que tiene una voz preciosísima y queremos enviarle á Milán á que estudie. Ya verás: hacemos *El jardín del amor,* de Rubens, y *La gallina ciega,* de Goya... Es buena idea, ¿verdad? ¡Pobre muchacho! A mí se me ocurrió. ¡Más contento se va á poner cuando lo sepa!

Se oye toser dentro.

Por ahí anda mi padre.

SANTIAGO

Entonces, yo me voy.

MERCEDES

¿También te molesta mi padre?

SANTIAGO

No, por cierto. Pero como soy hombre que me levanto al amanecer, no tengo nada que decirle á un señor que empieza la vida á las diez de la noche; nunca hemos visto el mundo á la misma luz.

MERCEDES

Riendo.

Oye... ¿no te vas disgustado?

Él dice que no con la cabeza.

Oye, que no me dejes toda la noche sola... y que te diviertas, y que estés alegre... ya sabes que no puedo verte preocupado.

SANTIAGO

No te apures, mujer: nos divertiremos por complacerte.

Santiago sale. Ella se vuelve á tiempo que entra por otra de las puertas Don Fernando: va vestido como para salir á la calle, de etiqueta, con abrigo de pieles y sombrero de copa.

MERCEDES

Buenas noches, papá... es decir, para ti, buenos días, porque te acabarás de levantar.

FERNANDO

Buenas noches, hijita... No tanto: ya he tomado mi baño, mi masaje...

MERCEDES

Riéndose.

Tu desayuno...

FERNANDO

Búrlate de tu padre... sí, señora, mi desayuno: he hecho mi media horita de gimnasia, he leído el periódico...

MERCEDES

Y ahora vas á la calle á disfrutar del fresco de la mañana.

FERNANDO

Pero, hija mía, ¿qué va á hacer de día por las calles un hombre que no tiene negocios?

MERCEDES

¡Ay, papaíto!, ¿no te da vergüenza?

FERNANDO

Tú tampoco madrugas demasiado.

MERCEDES

Me levanto á la hora de todo el mundo. ¿Cuánto tiempo hace que no has visto el sol?

FERNANDO

Desengáñate, hijita: de día no tropieza uno por ahí más que con gentes egoístas, que van siempre de prisa, que viven para sí, para sus asuntos, y no le hacen á uno maldito el caso. Ya ves aquí, y eso que no paso más que un mes con vosotros: tu marido, que es un burgués tremendo, en su tra-trabajo; tú, en tus visitas, en tus trapos... si no me quejo, es natural. Hasta que entra la noche no encuentra uno las gentes altruístas, hospitala-

rias, que consienten en vivir para uno, en acogerle con los brazos abiertos, en alegrarle á uno la vida.

MERCEDES

Tu dinero te cuesta.

FERNANDO

En eso sí que tienes razón... ¡El dinero! Ahora precisamente estoy en un apuro tremendo; es decir, yo no... una chiquilla... ¡un ángel! á quien su familia explota indignamente.

MERCEDES

¡Ay, papá; no me cuentes á mí esas cosas!

FERNANDO

Pero, hija, ¿qué te figuras? Es una protección desinteresada. ¡Pobre criatura! Si la vieras...

MERCEDES

Me la figuro.

FERNANDO

...Te compadecerías de ella. Mira, hijita, Hacién-

dole un mimo. sé buena, y préstale á tu padre, que tan de veras te ha querido siempre, cuatro mil pesetas.

MERCEDES

¡A buena parte vienes! Te iba á pedir yo á ti diez mil, que me una hacen falta...

FERNANDO

¡A tí, diez mil pesetas!

MERCEDES

Tremenda, como dices tú.

Queriendo sonreir, pero apurada.

FERNANDO

Déjame que me ría.

MERCEDES

No te rías, que es muy serio.

FERNANDO

Pídeselas á tu marido.

MERCEDES

¡No, no!

FERNANDO

¿Por qué?

MERCEDES

Porque no... porque no me las daría... y además, porque no.

FERNANDO

¿Es que ahora ese... burgués se permite escatimar fondos á su señora?

MERCEDES

No, no es eso... ¡Ay, papá! Tú que tienes costumbre de estas cosas, búscame diez mil pesetas. ¿A tí qué trabajo te cuesta?

FERNANDO

Pero, hija mía...,

MERCEDES

Mira que me hacen falta de verdad, de verdad...

FERNANDO

Me asustas, Mercedes. Vamos á ver, ¿qué has hecho? Mira que estás hablando con tu padre.

MERCEDES

¿Y las encontrarás?

FERNANDO

Habla.

MERCEDES

Pues nada... este verano... una noche... aquel Biarritz es tan aburrido..., y yo estaba tan sola...

FERNANDO

Sí; ¿qué, qué?

MERCEDES

Que en el Casino me acerqué un rato á la mesa de juego...

FERNANDO

Con embeleso.

Y jugaste, y perdiste, y te prestaron, y ahora lo tienes que pagar.

MERCEDES

¿Cómo lo sabes?

FERNANDO

Abrázame. ¡Pobre ángel mío! Se aburre, juega, pierde..., es natural.

MERCEDES

¡Papá!

FERNANDO

La culpa la tiene tu marido..., sí, señor; tu marido, que deja que se aburra una mujer tan bonita. ¡Tú madre no se aburrió nunca, hija mía!

MERCEDES

¡Pobre mamá!

FERNANDO

Bueno, ahora tengo prisa. Hasta mañana. No te apures..., es una niñería.

Cogiendo varios cigarros habanos que hay sobre la mesa auxiliar.

¡Buena vida se dà tu marido!

Se guarda los cigarros.

¡Adiós!

CECILIA

Entrando.

Mamá...

Viendo á Don Fernando.

Buenas noches, abuelo.

FERNANDO

¡Abuelo! Niña, esas verdades tristes se dicen más bajito.

MERCEDES

¿Qué quieres?

CECILIA

Que ya ha venido gente, y todo el mundo pregunta por ti.

MERCEDES

Voy allá.

Al pasar se mira al espejo.

¡Uy, qué cara tan sofocada tengo!

Se da polvos delante del espejo y luego sale.

FERNANDO

Hasta luego, entonces.

CECILIA

¡Ah! ¿pero no te quedas al baile? Mira que es en mi honor, porque he salido del colegio.

FERNANDO

Imposible. Tengo mucho que hacer.

CECILIA

¿A estas horas? La noche es para descansar y para divertirse.

FERNANDO

Dichosa edad la tuya en que sólo se piensa en diversiones; el deber es el deber, hijita. Vaya, hasta mañana...; á bailar, que te están esperando.

Sale.

CECILIA

¡A bailar! ¡Ay, ya suena la música! ¿Estaré bien? Como es el primer día que voy de largo, casi no sé andar con la cola...

Se mira en el espejo.

¡Si me viera sor María Jesús descotada!... ¡Ay, Dios mío!

Va á salir y se detiene en la puerta.

¡Angel de mi guarda, dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día!

Vuelve á andar y tropieza en la puerta con ALFONSO, VELASCO y MAURICIO, que entran del salón.

¡Ay!

Sale corriendo, un poco avergonzada porque le han visto hacer la señal de la cruz.

ALFONSO

¡Bonita chiquilla!

MAURICIO

Y devota, á lo que parece. La hemos asustado.

VELASCO

Es la hija de Mercedes.

ALFONSO

Me gustan las mujeres que rezan antes de ponerse á bailar... Señal de que le tienen miedo al diablo. Esas son las buenas; como caen con terror, aprietan al caer.

VELASCO

Suponiendo que caigan.

ALFONSO

Por supuesto.

VELASCO

Dichoso usted, que tiene tales seguridades.

ALFONSO

Yo no aseguro que vayan á caer todas conmigo. Sería demasiada responsabilidad.

Á MAURICIO, que se ha sentado aparte.

Hombre, dí algo.

MAURICIO

Con mal humor.

¿Yo?

ALFONSO

¿Dónde has dejado á tu novia?

MAURICIO

Por ahí, en el salón..., con sus amigas.

ALFONSO

¿Estáis de monos?

MAURICIO

Así parece.

ALFONSO

¿Y por qué?

MAURICIO

Ella lo sabrá...; tontadas..., celos.

VELASCO

Sus motivos tendrá.

MAURICIO

Es que estas niñas se empeñan en que se ha de pasar uno la vida pegado á sus faldas.

ALFONSO

Malos vientos soplan esta noche en el baile.

MAURICIO

Como tú eres el hombre feliz...

ALFONSO

Casi, casi...; por lo menos, sano. A estas horas no me duele nada, ni fuera ni dentro.

Señalando al corazón.

MAURICIO

¿A ti no te ha importado nunca una mujer?

ALFONSO

Ya lo creo; mucho y muchas veces...; ahora, que casi siempre he tenido la suerte de importarles yo más á ellas.

VELASCO

No le envidio á usted, amigo. La gran felicidad que da el amor, es sentir que uno quiere de veras.

ALFONSO

La gran felicidad que da el amor, es saber que alguien sufre por uno. ¡Qué bonitas están cuando lloran!

MAURICIO

No discuta usted de mujeres con éste, que es el Tenorio de nuestro siglo. Debe tener pacto con el diablo.

ALFONSO

No tengo más que método, serenidad y constancia. A toda mujer que se presenta le hago el amor. Naturalmente, muchísimas me mandan á paseo, pero hay bastantes que me acogen con misericordia. Como voy sereno, el descalabro me importa

poco—ya contaba con él—y me quedo tranquilo... pérdidas y ganancias... sin el resquemor de que tal vez aquella á quien hubiese respetado fuera precisamente la que tenía ganas de que le faltase al respeto.

MAURICIO

¡Ja, ja! Está bien.

VELASCO

¿Y entre todas esas... pérdidas y ganancias que usted dice, ninguna le ha hecho á usted sufrir... sufrir de veras?

ALFONSO

Alguna. ¿A quién no le da un vértigo en la vida, por firme que tenga la cabeza? Pero eso sí que no se lo perdono, no faltaría más... No hay derecho. A un hombre soy capaz de perdonarle... lo que sea; ¡pero mujer que me la hace, me la paga!

Entra MERCEDES con JOSÉ MARÍA.

VELASCO

¡Oh, Mercedes!

ALFONSO

Mercedes.

MAURICIO

Mercedes.

Los tres se levantan y la rodean.

VELASCO

Buenas noches, Mercedes.

MAURICIO

Buenas noches.

ALFONSO

Salud.

Le besan la mano.

MERCEDES

Buenas noches, señores. ¿Qué hacen ustedes aquí tan escondidos?

MAURICIO

Buscarla á usted.

MERCEDES

Sentados... bonita manera.

MAURICIO

Usted no sabe las vueltas que hemos dado por el salón inútilmente.

ALFONSO

Hasta que yo he dicho: señores, esta mujer cruel es un fuego fátuo; no hay como seguirla, para no alcanzarla. Vamos á esperarla sentados, que ella caerá.

MERCEDES

Protestando.

¿Eh?

ALFONSO

Perdón: he querido decir: ella pasará.

MERCEDES

Queriendo marcharse.

Y sigo pasando.

MAURICIO

¿Así nos abandona usted?

MERCEDES

¿Tienen ustedes más que seguirme?

ALFONSO

Siéntese usted aquí con nosotros, siquiera dos minutos.

MERCEDES

No sé cuánta gente me está esperando.

VELASCO

Sacrifique usted un poco la impaciencia de los indiferentes, en favor de tres buenos amigos.

MERCEDES

¡No, no; vámonos, niño! A propósito: ¿qué les parece á ustedes mi hijo? ¡La sorpresa más grande de mi vida! Creí que tenía un bebé y me encuentro con un ingeniero. ¡En cuatro años de ausencia! ¿Qué les darán en Bélgica á los muchachos para

que crezcan de este modo? Acompáñenme ustedes en el sentimiento.

Todos se ríen.

Sí, sí, ríanse ustedes; ha sonado mi hora; me retiro del mundo. Con un hijo de este tamaño no hay coquetería posible.

Á VELASCO.

Alégrese usted, amigo; ¡desde esta noche somos contemporáneos!

VELASCO

Con lo cual yo me quito no sé cuántos años de encima, y me quedo en edad á propósito para hacer por usted unas cuantas locuras.

MAURICIO

En eso de locuras me llamo á la parte.

MERCEDES

Silencio, niño; ya sabe usted que en mi presencia está prohibido hablar de ciertas cosas antes de haber cumplido los sesenta.

MAURICIO

Pues va á ser un poco difícil obedecerla á usted, porque esta noche está usted demasiado bonita, y eso es caso de fuerza mayor.

MERCEDES

Lo que tiene que hacer usted ahora mismo es irse á bailar con su novia.

MAURICIO

¡Déjeme usted olvidar que la tengo!

MERCEDES

¿Cómo se entiende? Andandito, andandito.

Entra por el fondo ANITA.

Digo, y me parece que ya le están á usted buscando.

Á ANITA.

Aquí, niña, aquí está el tesoro perdido.

MAURICIO

Con mal humor.

¡Qué oportunidad!

ANITA

Con retintín: á MERCEDES.

Tantas gracias, señora. Ya sabía yo que había de encontrarle en buena compañía.

MAURICIO se acerca á ANITA y se separa con ella del grupo.

MERCEDES

Con cariño: á ANITA.

Guárdale bien, que los hombres son malas personas.

Á JOSÉ MARÍA.

¿Qué haces tú que no hablas? Di algo.

JOSÉ MARÍA

Te oigo hablar á tí.

MERCEDES

¡Bonita manera de llamar charlatana á tu madre!

Siguen hablando.

MAURICIO

Con malhumor, contestando á una pregunta de ANITA.

¿Dónde había de estar? Buscándote.

ANITA

Mucho tiempo has tardado en encontrarme.

MAURICIO

Es que como sabía que iba á encontrarte de malhumor, no me he dado prisa.

ANITA

Ya. ¡Y cómo has encontrado en el camino un obstáculo irresistible!

MAURICIO

¿Quieres bailar ó quieres reñir?

ANITA

Me es indiferente.

MAURICIO

Pues bailemos, que es menos aburrido.

Salen juntos.

MERCEDES

Á su hijo.

¡Anda tú también á buscar pareja, que las niñas se quejan si no bailan!

ALFONSO

Á Mercedes.

Y usted... ¿no me hará el supremo favor de concederme un vals?

MERCEDES

¿Supremo nada menos?

ALFONSO

¿No dice usted que esta noche se retira del mundo? Ya ve usted si el último vals es una cosa grave. ¡Casi un testamento!

MERCEDES

Vamos allá.

Todos van á salir, pero cuando han llegado á la puerta, ALFONSO, separándose bruscamente de MERCEDES, vuelve al primer término: naturalmente, ella se detiene, y VELASCO y JOSÉ MARÍA, que ya estaban en la puerta, salen y se alejan.

ALFONSO

Al separarse de MERCEDES.

Perdón... creo que olvida usted el abanico.

MERCEDES

Con ingenuidad.

No, si le tengo aquí.

ALFONSO

Acercándose á ella.

Ya lo sé.

MERCEDES

Sin comprender.

¿Cómo?

ALFONSO

Mirando hacia la puerta del fondo.

No se asombre usted. Esto ha sido un ardid, harto inocente, para conseguir que nos dejasen solos.

ALFONSO dice toda la primera parte de esta escena con un tono de broma amable y galante

MERCEDES

Con desabrimiento.

Inocente é inútil. ¿No íbamos á bailar? ¿Qué más soledad quiere usted?

ALFONSO

Perdón... lo que entre usted y yo tiene que resolverse esta noche, es demasiado grave para tratado en unas vueltas de vals.

MERCEDES

Sonriendo sin ganas.

Me asusta usted.

ALFONSO

¡Ojalá! Señora mía, tiene razón ese niño gótico: ¡esta noche está usted demasiado bonita!

MERCEDES

¡Ja, ja, ja! ¿Es eso lo que no puede usted decirme bailando?

ALFONSO

¡Bonita como nunca! Tiene usted en los ojos una luz inquietante, en la voz una música extraña... en fin, señora mía y dueña: ha llegado el momento psicológico de que este pobre hombre acabe de volverse loco por usted.

MERCEDES

¡Ja, ja, ja!

ALFONSO

No se ría usted, que es de veras.

MERCEDES

Vamos á bailar, y déjese usted de locuras.

ALFONSO

Hoy no se baila.

MERCEDES

Queriendo echarlo á broma.

Ah, vamos...

ALFONSO

¡Hoy se dice de una vez para siempre, que sí ó que no!

MERCEDES

Con ligero desabrimiento y ya un poco inquieta.

¿De una vez para siempre?

ALFONSO

¡Y en serio!

MERCEDES

Mirándole fijamente.

¿Ah, en serio? ¡Pues en serio: que no!

Se aparta de él.

ALFONSO

Fingiendo grandísima emoción.

¡Oh, Mercedes!

MERCEDES

Dando por terminado el incidente.

¿Bailamos?

ALFONSO

¡Señora mía: conmigo no tiene usted derecho á ser tan cruel!

MERCEDES

Amigo mío: con usted y con todos, tengo derecho perfectísimo á ser mujer honrada.

ALFONSO

¡Bah, eso es muy aburrido!

MERCEDES

Va en gustos.

ALFONSO

Precisamente: y usted le tiene demasiado exquisito para contentarse con el cielo azul de una dicha casera, sin pena ni gloria.

MERCEDES

Con dignidad.

A mí me basta: soy muy burguesa, amigo; el cielo azul me encanta y el pan casero me sabe á gloria.

ALFONSO

Ya será algo menos.

MERCEDES

O algo más. ¡Me gusta la osadía! ¿Usted qué sabe?

ALFONSO

Señora mía, conocemos el corazón humano y femenino, que es como decir humano siete veces. Aquí

Llevándose la mano al corazón, y hablando con voz emocionada.

se la comprende á usted porque se la quiere, sí,

señora..., desatinadamente... A pesar de todos sus alardes de felicidad no es usted feliz.

MERCEDES

Un poco ofendida.

¿Ah, usted cree?

ALFONSO

Con seriedad.

¡Pondría la vida!

MERCEDES

¿Me ha visto usted llorar alguna vez?

ALFONSO

¡La he oído á usted reir demasiadas!

MERCEDES

¡Ja, ja, ja! ¡Tiene gracia!

ALFONSO

¡Sí, señora mía, reir! Reir por todo y á todas horas, con motivo y sin él, á tiempo y á destiem-

po. ¡Si viera usted, Mercedes, cuántas veces á los que la queremos á usted nos duele aquí dentro esa risa!

MERCEDES

Intrigada.

¿Por qué?

ALFONSO

Porque es como el cantar de los chiquillos cuando tienen miedo... ¡Su corazón de usted le tiene miedo á su propia inquietud, y para no enterarse de que está muy triste, hace mucho ruido!

MERCEDES

Francamente.

¡Ja, ja, ja!

ALFONSO

Un poco desconcertado.

¿De qué se ríe usted?

MERCEDES

Sin dejar de reir.

¡De usted!... No..., usted perdone...; de usted

no..., de eso... ¡Yo, yo... profundamente triste... y tantísimos años si enterarme! ¡Ja, ja, ja! Y usted tiempos y tiempos compadeciéndome y hasta queriéndome consolar... ¡Qué pena! ¡Si que estaría bien la situación para una novelita francesa! ¡Lo malo es que yo soy española, y persona decente, y no lo puedo remediar, amigo; ni traducida, ni sin traducir, siento la poesía del adulterio!

ALFONSO

Despechado y perdiendo un momenro la corrección.

Naturalmente... le basta á usted con la del flirt...

MERCEDES

Con fiereza.

¿Por qué dice usted eso?

ALFONSO

Señora mía; es un juego cruel y peligroso. ¿Va usted á decirme ¡á mí! que una mujer, tan mujer como usted, no se da cuenta de que un hombre la quiere?... Muy divertido, ¿no? ¡Se sonríe, se calla, se comprende, se acepta el homenaje! ¡A este

hombre le tengo vuelto el juicio! Eso siempre hace bien con las amigas.

Afectando hondísima amargura.

MERCEDES

Un poco desconcertada.

¡No sé qué quiere usted decir!

ALFONSO

¡Oh, historia eterna! El hombre ha puesto en ella lo mejor de sí mismo, y se encuentra con que lo que fué para él un pedazo de vida, es para la señora un juego de salón.

MERCEDES

Que no sabe qué decir.

Pero... usted...

ALFONSO

La burla es demasiado sangrienta... ¡y el hombre no es un santo!

MERCEDES

Me está usted ofendiendo mortalmente! ¿Cómo ha podido usted creer de mí... cuándo le he dado yo motivo...?

ALFONSO

¡Eramos tan amigos, señora mía!

MERCEDES

Pero...

ALFONSO

¡Y era usted tan amable!

MERCEDES

Con ira.

¡Tan amable! ¿Y por eso?... Tan amable, es claro... por educación, por buen gusto. ¡Porque no puedo ver á mi lado una cara triste! ¿Y esto es dar esperanzas, prometer? ¡Pero entonces no es posible la vida! Y además, ¿qué culpa tiene una mujer decente de que un hombre, que acaso no lo es tanto, se dé el capricho de morirse por ella? ¡Lucidas estaríamos, si hubiese que tomar por lo trágico cada tontería de estos caballeros! Ustedes

nos ofenden cuando quieren, nos burlan cuando pueden... nosotras nos reímos de ustedes cuando nos da la realísima gana! ¡Estamos en paz! ¡Buenas noches!

ALFONSO

Con abatimiento.

¿Así se marcha usted?

MERCEDES

Un poco arrepentida de su violencia, al ver el abatimiento de él.

¡Creo que no nos queda más que decir!

ALFONSO

A mí me falta pedirle á usted perdón. He pecado no de presuntuoso, sino de impaciente... La pasión... aunque usted no crea en ella, cubre la multitud de los pecados .. Espero que quedamos amigos.

MERCEDES

¿Por qué no? Amigo es todo el mundo.

Muy seria.

Y á propósito: ya que es hora de cuentas, no piense usted que olvido una ya un poco antigua, que yo creí sencillamente de amistad, y que por eso he descuidado un tanto. Mañana mismo enviaré á usted las diez mil pesetas que tuvo la amabilidad de prestarme.

ALFONSO

Ahora es usted la que me ofende; puede usted creer, por mi honor, que no recordaba semejante deuda.

MERCEDES

¡La recordaba yo, y es bastante! ¡Muy buenas noches!

Sale sin mirarle.

ALFONSO

¡Siempre á sus órdenes!

Cuando MERCEDES ha salido, ALFONSO hace un gesto de vivísima contrariedad, en el cual tiene mucha más parte el despecho que el sentimiento; pase un momento de un lado para otro, nerviosamenıe.

¡Está bien!

Luego sale también vivamente y se cruza en la puerta del fondo, sin reparar

en ellas, con CECILIA, ANITA y MARTA que entran cogidas de la mano. ANITA trae cara de marcadísimo mal humor. MARTA es risueña y burlona. Al cruzarse con ALFONSO, que no repara en ellas, se le queda mirando y MARTA se echa á reir.

MARTA

¡Ja, ja, ja!

CECILIA

Ingenuamente.

¿De qué te ries?

MARTA

De la cara de rabia que lleva don Alfonso el Conquistador.

CECILIA

Que no comprende.

¿Quién?

MARTA

El señor don Alfonso de Heredia..., ese caballero tan *chic*, que sale sin dignarse reparar en nosotras. Mírale bien, que es bicho curioso... ¡El terror de los mares y de los maridos! ¡Don Juan,

Byron y el diablo, todo en una pieza! Seductor, burlador, impenitente, cínico.

CECILIA abre unos ojos asustadísimos.

¿Tú has leído las aleluyas del hombre malo? Pues lo mismo, con una diferencia: el hombre malo juega y pierde, y éste dicen que juega y siempre gana. Pero, lo que es hoy, por la cara que lleva, le debe haber salido mal la cuenta.

Se ríe.

ANITA

Que ha ido á sentarse á un rincón.

¡Me alegro!

CECILIA

Ingenuamente.

¿Por qué?

ANITA

¡Porque es hombre! ¡Que sufra! ¡Alguna vez les ha de tocar á ellos!

CECILIA

¿Por qué dices eso?

ANITA

¡Porque sí! ¡Que rabie; que padezca! ¡Ay, señor! ¿Por qué habrá hombres en el mundo, y por qué seremos tan tontas las mujeres, que les hagamos caso? Por más que no tienen ellos la culpa... la tienen ellas, ellas, las otras...

MARTA

Riéndose.

Tú te lo dices todo.

ANITA

Rompiendo el pañuelo.

¿Por qué les gustarán tanto á los hombres las mujeres casadas?

MARTA

Muy convencida.

¡Porque ya no se tienen que casar con ellas!

CECILIA

Á MARTA, por ANITA, sinceramente alarmada.

Pero ¿qué le pasa?

MARTA

¿Qué le va á pasar? Que es tonta de remate, y que se ha enamorado de su novio, como si no hubiera cosa mejor que hacer, y que él es un ganso de lo más selecto, y está loco por...

Se detiene bruscamente.

CECILIA

Con curiosidad, pero sencillamente

¿Por quién?

MARTA

Por una señora. Tú no la conoces.

ANITA

Acercándose á la puerta.

¡Estará bailando con ella, como si lo viera! ¡Y ella, que es lo que más rabia me da, riéndose de él!

MARTA

¡A ver! ¡Si la divierte!

Á CECILIA confidencialmente.

¡Hace bien! Los hombres son muy tontos.

Reflexionando.

O muy listos..., no sé...; les gustan las mujeres que saben, y no nosotras, que somos unas pavas...; en fin, hija, un lío... cualquiera lo entiende. No hay más que reirse de todo, y esperar; ya nos casaremos, y aprenderemos, y nos llegará la hora de divertirnos.

ANITA

Pero entretanto...

Á Cecilia.

Ya verás, ya verás si te enamoras, y aunque no te enamores. Este es un baile blanco, dicen que en tu honor, porque acabas de salir del colegio. ¿Cuántas veces te han sacado á bailar? ¿A quién te ha presentado tu mamaíta? ¡Pues este baile blanco va á ser tu vida entera, mientras tu mamaíta no tenga canas!

MARTA

¡Ay, hija, qué ganas de quitar ilusiones! No hagas caso. Los muchachos se van con las señoras; pero los caballeros de cierta edad se perecen por bailar con las niñas; vente conmigo, que no te ha de faltar pareja.

Á Anita.

¿Y tú, piensas pasarte la noche haciendo el ridículo? ¡Al baile, al baile!

Van á salir las tres, cnando Alfonso aparece por el fondo: lleva el abrigo al brazo para marcharse, y al pronto no las ve.

CECILIA

Parándose al ver á Alfonso.

¡Ah!

MARTA

¿Qué?

CECILIA

Ese señor... que vuelve.

MARTA

Es que se marcha. ¿No lo dije? De seguro le ha pasado algo gordo.

CECILIA

Con ingenuidad.

¡Pobrecillo!

MARTA

¡Ja, ja, ja! ¡Qué pava eres!

Alfonso, al oir la risa, se vuelve y las mira.

CECILIA

Con susto.

¡Ay! ¡Nos ha oído!

ALFONSO

Muy buenas noches, señoras mías. Divertido está el tiempo.

ANITA

Se hace lo que se puede para pasar el rato.

MARTA

En cambio, usted se marcha de aburrido que está.

ALFONSO

Me marchaba, en efecto; pero he cambiado de intención.

Deja rápidamente el abrigo y el sombrero, se acerca á CECILIA y la dice:

Señorita, ¿quiere usted hacerme el honor de bailar conmigo?

CECILIA

¡Yo!

Con susto y satisfacción á un tiempo.

ALFONSO

¡Sí, señora, usted! Aunque no estemos hoy oficialmente presentados, nos hemos visto muchas veces..., siempre que usted ha venido á su casa en vacaciones. Soy amigo antiguo.

ANITA y MARTA se separan de ellos y se quedan oyendo junto á la puerta.

CECILIA

Serenándose un poco.

No recuerdo.

ALFONSO

Una mujer bonita no tiene obligación de acor-

darse de nada...; siempre hay quien se acuerde por ella... y de ella. ¿Vamos?

CECILIA

Es que yo... casi... no sé bailar.

ALFONSO

Ofreciéndole el brazo que ella acepta sin saber lo que hace.

¡Bah! Conmigo irá usted aprendiendo.

MARTA

¡Ja, ja, ja! ¡Un flechazo!

ANITA

¿Pero... no decían... que á la madre también?... ¡Válgame Dios... el mundo es un presidio suelto!

Salen ANITA y MARTA. ALFONSO y CECILIA, del brazo, se dirigen también hacia el fondo. Mientras van andando, ALFONSO dice á CECILIA:

ALFONSO

A Cecilia.

¡Qué ojos tan bonitos y tan serenos tiene usted! ¡Dan ganas de ser santo, mirándolos!

Siguen andando.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración que en el primero. Son próximamente las seis de la tarde.

Al levantarse el telón, están en escena CECILIA y DON FERNANDO. CECILIA termina de tocar al piano un preludio de Bach. DON FERNANDO, en traje de mañana, está confortablemente instalado en un sillón y fumando, aunque medio dormido.

CECILIA

Sin levantarse del piano, pero volviendo un poco la cabeza.

¿Te gusta? Es bonito, ¿verdad?

FERNANDO

Despertando sobresaltado.

¿Eh?... si... mucho. ¡Eres una gran pianista!

CECILIA

¿Te habías dormido?

Ríe.

FERNANDO

No, hijita. Es que este Wagner...

Al notar la sonrisa de ella.

Era Wagner, ¿no?

CECILIA

Sonriendo.

Bach.

FERNANDO

Da lo mismo. Esta música clásica á los que ya no somos jóvenes, nos pone un poco tristes... soñadores... Los recuerdos, hijita, los recuerdos, que, cuando se ha vivido mucho, siempre son, por lo menos *Bosteza* melancólicos.

CECILIA

No debe ser eso, porque á mí, que soy joven, también algunas veces me pone triste la música. Como no sean recuerdos de cosas que no le han

sucedido á una nunca, ó anuncios de tristezas que le tienen á una que suceder... No sé...

FERNANDO

¿Qué te pasa?

CECILIA

A mi, nada. ¿Por qué?

FERNANDO

Porque me sorprenden esas reflexiones profundas en una dama de diez y ocho abriles, que acaba de vestirse de largo.

CECILIA

Será que tengo sueño. Como ayer, con el baile, nos acostamos tarde, y yo por las mañanas no puedo dormir...

FERNANDO

Con asombro sincero.

¿No?

CECILIA

La costumbre, ya ves; en el colegio nos levantamos á las seis y media.

FERNANDO

Con espanto.

¿De la mañana?

CECILIA

Claro.

FERNANDO

¡Pero eso es un absurdo contra naturaleza! ¡Un tormento de la Inquisición! ¡Y los padres encerramos á nuestras hijas, sin pensar, en semejantes antros! Pero, hijita mía, ¿allí si que estaréis muertas de sueño?

CECILIA

No, porque á las nueve ya estamos en la cama.

FERNANDO

¡Es una idea! Y vamos á ver: ¿qué has podido hacer tú en esta casa, desde esa hora inverosimil?

CECILIA

Ya ves, nada... aburrirme. Papá y José María se fueron á las nueve á la fábrica; mamá hasta las once no se despertó, y luego tuvo que escribir sus cartas; y después de almorzar, papá y José María se han encerrado á trabajar en el despacho, y mamá se ha marchado á unos ensayos de una comedia ó de unos cuadros vivos... no sé. Aquí he estado leyendo y estudiando el piano hasta que tú has salido.

Pausa. Con interés.

Oye, ¿tú conoces á un señor que se llama don Alfonso de Heredia?

FERNANDO

Sí, le conozco, sí. ¿Por qué?

CECILIA

Disimulando.

Por nada. Porque ayer bailó conmigo. ¿Es verdad que es tan malo como dicen?

FERNANDO

Con indiferencia.

¿Ah, dicen?

CECILIA

Sí.

FERNANDO

¿Quién?

CECILIA

Todos... mis amigas...

FERNANDO

Sin darle importancia.

No creo... por más que... puede... Simpático sí es.

CECILIA

Con emoción mal disimulada.

¿Verdad?

Levantándose deprisa y acercándose al balcón.

¡Ay, un coche!

Con alegría.

Es mamá... pero viene con otra señora... ¡Ah, es la modista!

Yendo hacia la puerta.

¡Voy!

Deteniéndose.

¿Te quedas tú aquí? ¿Quieres algo?

FERNANDO

No. Anda, anda.

CECILIA

Puede que ya no vuelva á salir esta tarde, ¡y entonces sí que vamos á pasarlo bien las dos juntas!

Va á salir, pero entra MERCEDES. *Viene en traje de calle, con el sombrero aun puesto.*

¡Ay, madre, qué gana tenía de que vinieras ya!

MERCEDES

Abrazando á su hija con cariño, pero sin reparar demasiado en ella.

¿Te has aburrido mucho? ¡Hija, esta vida mía, siempre corriendo! ¿Qué has hecho?

Viendo el piano abierto.

¿Estudiar el piano? Así me gusta.

Viendo á su padre.

¡Ah, estabas con tu abuelo! Menos mal.

Se quita, mientras habla, los guantes y el sombrero. Cecilia la ayuda.

Gracias.

Se sienta.

Vengo muerta. ¡Tres horas ensayando!

CECILIA

¿Quieres que te traiga una taza de té?

MERCEDES

Sí; díselo á Manuela. Tú sube á mi cuarto, que está esperando la modista para probarte no sé cuántas cosas. Ya verás, ya verás.

CECILIA

¿No subes tú?

MERCEDES

Sí, ahora.

Sale Cecilia llevándose el sombrero de su madre. MERCEDES se levanta, y acercándose á su padre, habla nerviosamente.

Me alegro de que estés aquí; tengo que hablar contigo, en serio; de lo de anoche, ¿sabes?

FERNANDO

Haciéndose el desentendido.

¿De lo de anoche?

MERCEDES

Sí, de las diez mil pesetas que me hacen falta.

FERNANDO

Ah, ¿pero no quedamos en que ibas á pedírselas á tu marido?

MERCEDES

No.

FERNANDO

Yo creí...

MERCEDES

¡No, no! No puede ser. Figúrate el disgusto, la escena... Imposible. En cuestiones de dinero, Santiago no se aviene á razones... dice que soy muy loca. Y lo que es esta vez tiene razón. Y tengo que devolverlas hoy, hoy mismo, sin falta.

PERNANDO

Pero, ¿por qué hoy mismo?

MERCEDES

Con un poco de impaciencia.

¡Porque sí! ¡Y no tengo un céntimo! ¡Yo no sé qué le pasa al dinero, que siempre se me va de entre las manos!

FERNANDO

Es su condición natural.

MERCEDES

¡Ay, Dios mío!

FERNANDO

Pero, hija, eres absurda ó yo he perdido el juicio. ¿Qué usurero fantástico es el tuyo, que á la mujer de un fabricante rico, responsable por los cuatro costados, no puede renovarle un pagaré de diez mil miserables pesetas? ¿Quieres que vaya yo á tratar con él, y en media hora lo arreglo?

MERCEDES

No.

FERNANDO

¿Por qué?

MERCEDES

Porque no es un usurero. Es un amigo.

FERNANDO

Con alarma.

¡Un amigo!

MERCEDES

Sí.

FERNANDO

Pero... un amigo... ¿cómo?

MERCEDES

Como todos... Un amigo... cualquiera... uno que estaba allí cuando perdí el dinero.

FERNANDO

¿Y ahora te lo reclama? Poco caballeroso es el procedimiento. Un hombre de honor no se acuerda nunca del dinero que presta á una señora.

Suspirando.

Por más que hay ocasiones... si, la necesidad obliga, á veces, á la más cruel indelicadeza... lo sé. ¿Y no puede esperar, real y efectivamente?

MERCEDES

Soy yo la que no quiero que espere un día más.

FERNANDO

Con asombro sincero.

¿Y á tí qué te importa?

MERCEDES

Sí me importa. Antes no me importaba... es decir, devolvérselo claro es que pensaba... cuando pudiera... pero ahora sí; ahora no puedo deberle ese dinero ni un día más... no puedo... me parece una afrenta, una complicidad! Puede que tú no lo comprendas, porque no eres mujer.

FERNANDO

Comprendiendo.

¿Una complicidad? ¿Debo entender que ese caballero se ha permitido hacerte el amor?

MERCEDES

Con el gesto.

Sí.

FERNANDO

Es un saldo como otro cualquiera.

MERCEDES

¿Qué dices?

FERNANDO

Nada, una reflexión sin importancia. Efectivamente, hija mía. Comprendo tu impaciencia. La situación, sin llegar á grave, es... desapacible.

MERCEDES

¿Lo ves?

FERNANDO

Y como en la sociedad conyugal, las cuestiones desagrabables son de la exclusiva incumbencia del marido, insisto en que á tu marido debes acudir.

MERCEDES

Con desilusión.

¿Es eso todo lo que se te ocurre?

FERNANDO

Sí, hija, sí. Tú se lo confiesas; él, naturalmente, se altera un poco; tenéis una escena... movidita; tú echas cuatro lágrimas; él se conmueve; hacéis las paces ¡cosa más dulce!, y aquí no ha pasado nada.

MERCEDES

No puede ser.

FERNANDO

Y como al firmar unas paces se suelen dar arras, si pudieras sacarme las cuatro mil de que hablamos anoche... Hijita.... me harías un servicio tremendo.

Acariciándola.

MERCEDES

¡Ay, si yo fuera hombre, ya sabría cómo encontrar el dinero!

FERNANDO

¡Pero, hija de mi vida, si es mucho más cómodo ser mujer, y tener un marido á quien pedírselo!

Entra SANTIAGO. Al ver á su suegro, hace un gesto de desagrado que procura disimular: su suegro al verle á él, hace otro, que no disimula. A mitad de la escena anterior, ha entrado MANUELA con servicio de té, y sin hablar le deja sobre una mesita y sale.

¡Hombre rico y feliz, buenos días!

SANTIAGO

Secamente.

Buenas tardes.

FERNANDO

¿Tardes? Me da lo mismo. Como más te agrade.

SANTIAGO

Paseando con impaciencia.

Las cosas no son ni dejan de ser porque á uno le agraden ó dejen de agradarle.

FERNANDO

¡Desgraciadamente! ¡No tiene uno derecho ni á soñar que vive en la hora que más le conviene! ¡Tienes razón, como siempre, hombre rico!

SANTIAGO

Sin disimular ya el mal humor.

Eso de siempre es mucho asegurar.

FERNANDO

Si no te lo digo en son de elogio. El tener razón siempre no es virtud, ni siquiera ventaja, puesto que el mundo está rematadamente loco.

SANTIAGO

¡Así lo han puesto ustedes, los... soñadores!

MERCEDES

Interviniendo amistosamente.

¿No queréis una taza de té?

FERNANDO

Gracias, hijita. Voy á mi habitación á cambiar de ropa, porque es inadmisible continuar en traje de mañana, cuando un hombre de orden se ha dignado advertirnos que ha llegado la hora de la ropa negra. ¡Adiós, burgués feliz!

A MERCEDES, al pasar.

Llegó el momento fatal. Valor y buena suerte, hija mía.

Sale DON FERNANDO.

SANTIAGO

¿Qué te ha dicho tu padre al salir?

MERCEDES

Nada, bromas suyas, de siempre. ¿Tampoco tú quieres una taza de té?

SANTIAGO

Quiero que hablemos un momento... en serio.

MERCEDES

Con leve inquietud.

¿De qué?

SANTIAGO

Echando sobre la mesa un puñado de papeles.

Toma.

MERCEDES

¿Qué es esto?

SANTIAGO

Míralo.

MERCEDES

Cogiendo los papeles y mirándolos.

¡Facturas!

SANTIAGO

Sí, facturas tuyas, que me han ido mandando á cobrar á mí, sin duda en vista de que tú no pensabas pagarlas.

MERCEDES

Yo...

Muy confusa, va á dejar las facturas sobre la mesa.

SANTIAGO

Léelas... es preciso que te enteres. Tú que has hecho las compras, eres la única que puedes saber si están bien los precios.

MERCEDES

Esta... es de la modista.

SANTIAGO

Que por cierto no es la misma de siempre.

MERCEDES

Muy deprisa.

No, esta es otra que me hizo unas cosillas extraordinarias, una vez que la mía estaba enferma y me corrían prisa.

SANTIAGO

Sencillamente.

Dos mil pesetas.

MERCEDES

¡No es posible!

SANTIAGO

Con seriedad.

Mira bien... comprueba.

MERCEDES

Lee con apuro casi infantil, y bajando cada vez más la voz.

Hechura de un traje princesa... sesenta y cinco..., piel de seda, á cincuenta pesetas el metro..., ocho metros... cuatrocientas..., túnica tul bordado... trescientas..., avíos... veinticinco.

Protestando.

¡Avíos veinticinco! ¡Esta mujer se ha vuelto loca!

SANTIAGO

¡Sigue!

MERCEDES

Blusa encaje, trescientas.

Con inconsciencia.

Bueno; ésta no es muy cara porque es de Irlanda.

Mira á su marido, y confusa baja la cabeza.

SANTIAGO

Sigue.

MERCEDES

Con esfuerzo.

Blusa batista y valenciennes, ciento..., echarpe, ciento cincuenta..., estola, quinientas...

Ya casi sin voz.

Dos peinadores..., reforma de una bata..., camiseta de tul...

Deja caer la cuenta con desaliento.

SANTIAGO

¿Está bien?

MERCEDES

Muy bajo.

Está bien.

SANTIAGO

Dándole otra factura.

Otra.

MERCEDES

Perfumería...

SANTIAGO

Si, trescientas sesenta.

Le da otra.

Tienda de flores, Ya con un poco de impaciencia. ¡novecientas!

MERCEDES

Disculpándose.

Es que... Casi llorando. se han renovado todas las plantas del salón.

Dejando la factura, y cogiendo otra, antes de que SANTIAGO se la dé.

SANTIAGO

Joyería... setecientas.

MERCEDES

Leyendo

Alfiler de corbata.

Como quien hace ún descubrimiento agradable.

El que te regalé el día de tu santo.

SANTIAGO

Sonriendo con ironía suave.

¡Gracias!

MERCEDES

Viendo que no se acaban los papeles, con angustia.

¿Aún hay más?

SANTIAGO

Apresuradamente, echando, á medida que habla, los papeles sobre la mesa.

Sí, hija, sí, de la confitería, por servicio de no sé qué tés ó chocolates, cuatrocientas... del tapicero, seiscientas veinticinco... del zapatero, doscientas cincuenta... de unas porcelanitas, setecientas... de una jaula, setenta... de papeles de música, cincuenta... de un cesto de labor, Con burla. ¡cuarenta y cinco!

Ella, sin responderle nada, se echa á llorar desesperadamente.

No llores.

Con un poco de violencia.

¡Las cuentas no se arreglan llorando! Suma.

Ella sigue llorando.

Suma, te digo.

Arranca una hoja de un cuadernito. y se la pone delante con un lápiz.

¡Toma!

Ella lee: él dicta y ella va escribiendo sin saber lo que hace.

Dos mil... trescientas sesenta... novecientas... setecientas... cuatrocientas... seiscientas veinticinco... doscientas cincuenta... setecientas... setenta... cincuenta... cuarenta y cinco.

Ella se le queda mirando.

No hay más... suma, te digo... ¿Está ya?

MERCEDES

Que ha intentado sumar, pero no acierta.

No sé...

SANTIAGO

¿No sabes sumar?

MERCEDES

No puedo.

Con ingenuidad.

¿No lo has sumado tú?

SANTIAGO

Casi con violencia.

Sí, por cierto... ahí lo tienes... seis mil cien pesetas.

MERCEDES

Con espanto.

¿Seis mil cien?

SANTIAGO

Sí, hija mía, y aún no hace mes y medio pagué otras cuatro mil por cosas semejantes, y anteayer te he dado quinientas para saldar atrasos de tu cuenta del gasto de casa. Tú dirás dónde vamos á parar á este paso.

MERCEDES

¿Te enfadas?

SANTIAGO

¿Te sorprende?

MERCEDES

¡Conmigo!

SANTIAGO

¡Con tu imprevisión, con tu desorden, con tu falta de juicio!

MERCEDES

Humildemente.

Pero si yo...

SANTIAGO

Con severidad cariñosa.

Mira, Mercedes, ya no eres una niña.

MERCEDES

Con un mohín de coquetería.

Ya lo sé.

SANTIAGO

Con mal humor.

¡Pero se te olvida!

Arrepintiéndose de su violencia, y volviendo al tono suave.

Óyeme bien: es preciso que aprendas... que te decidas á poner en tu vida un poco de método.

Ella frunce el ceño.

¡Ya sé qué estás pensando!

MERCEDES

¡Yo!

SANTIAGO

Dolido.

Sí. Piensas, como tu padre, que soy el hombre de la línea recta, que tengo la manía del orden, y no es eso. Es que no somos ricos, Mercedes, y tú no te quieres dar cuenta. No ves más que dinero, mucho dinero, que pasa por mis manos, pero no es mío.

MERCEDES

Con asombro sincero.

¿No?

SANTIAGO

Es de todos los que trabajan para mí, bajo mis órdenes. Una industria, una fábrica, es una in-

mensa responsabilidad... Hay muchas vidas que dependen de este método mío, que á ti tanto te asombra; hay cientos de familias que tienen el pan, óyelo bien, ¡el pan!, entre mis manos. La vida es muy difícil, Mercedes, cada día más; la competencia es grande, las primeras materias cuestan caras, las máquinas también... ¡no podemos seguir gastando así!

MERCEDES

Sinceramente apurada.

¡Me asustas! ¿De veras, de veras estamos tan mal?

SANTIAGO

Con impaciencia.

No estamos mal.

MERCEDES

Entonces...

SANTIAGO

¡Pero lo estaremos! Para sostener este gasto sin tino, hace falta un esfuerzo terrible. Yo he trabajado mucho, pero ya estoy cansado... Ella le mira con

cariño. muy cansado. ¿No te fatiga á tí también un poco esa vida que llevas, ese movimiento continuo, ese ruido, esa prisa sin motivo ni fundamento? ¿No sientes la necesidad de pararte un instante, y de hacer cuentas, no sólo de dinero, de toda la vida? ¿No te piden el cuerpo y el alma un poco de quietud y de silencio? ¿Qué buscas, qué piensas encontrar en ese vértigo?

MERCEDES

Nada... no sé... es que soy así, que siempre he vivido lo mismo... Ya ves, desde niña, sin madre, corriendo con mi padre por todas las playas, todos los casinos, todos los hoteles de Europa. ¡Creo que se me ha quedado en la sangre la prisa del tren!

SANTIAGO

Con piedad.

Pero ¿de veras, de veras te diviertes con todo ese barullo incomprensible?

MERCEDES

Con absoluta sinceridad.

¡Hijo, me aburro desesperadamente!

SANTIAGO

Entonces, ¿por qué sigues?

MERCEDES

Casi con desconsuelo.

Por lo mismo... ¡á ver si me divierto! ¿Por qué te pones serio? ¿En qué piensas?

SANTIAGO

Tristemente.

En lo muy poco que yo he significado para tí en la vida.

MERCEDES

Sinceramente dolida.

¿Por qué dices eso?

SANTIAGO

Por nada.

MERCEDES

Levantándose y acercándose á él, con apasionamiento.

Sí, ¿por qué dices eso? ¿Qué te he hecho yo,

para que pienses que no eres para mí lo primero del mundo? ¿Para quién vivo más que para tí? ¿Te he ofendido nunca, ni con la sombra de un pensamiento?

SANTIAGO

Si no es eso, no es eso.

MERCEDES

Separándose de él con tristeza.

¡Ah, no es eso! ¡Qué injustos sois los hombres! Por cuatro trapos, por cuatro miserables pesetas, por cuatro risas... tú también! Mi risa..., ¡por lo visto es un crimen reirse! ¿Qué sería esta casa si yo no me hubiese reído tanto? Ya, ya..., será preciso que me vista de hábito, que lleve mi manojo de llaves á la cintura, que me pase la vida en la cocina vigilando el punto del roast-beef!

SANTIAGO

¡Tú si que eres injusta conmigo! ¿Quién más que yo desea para ti una vida feliz, sin preocupaciones? Pocas veces te he hablado de estas cosas, y si ahora lo hago, es porque quisiera que te sentaras á mi lado un poco, que pasáramos juntos y tranquilos la vida que nos queda... ¡Tengo ham-

bre atrasada de estar junto á tí! Tú dices que me quieres, que me has querido siempre...

MERCEDES

¿Lo dudas?

SANTIAGO

Yo te he querido á ti, y te quiero, tal vez demasiado, y... ya ves; ¡hemos estado tan poco tiempo juntos!

MERCEDES

Porque tú tienes la manía de trabajar y trabajar.

SANTIAGO

Sonriendo y cogiendo las facturas.

Todo hace falta.

MERCEDES

Un poco confusa.

Tienes razón; pero, desde ahora, te prometo que podrás descansar..., ya lo creo. ¿Te figuras que soy alguna loca? Orden..., orden. ¿Qué trabajo me cuesta? Es decir, sí me cuesta, pero lo

haré por ti... para que veas... ¡hasta libro de caja voy á llevar! Y no compro una vara de cinta sin irte á preguntar antes: ¿se puede? ¿Qué falta me hacen para ser felíz trapos inútiles, teniendo en casa á este marido mío?

Le abraza.

SANTIAGO

Y á tus hijos, Mercedes; lo que no hagas por mí hazlo por ellos. ¿No se te alegra el alma al tenerlos aquí?

MERCEDES

Con efusión.

¡Ya lo creo!

SANTIAGO

¡Ellos pueden ser la razón de tu vida!

MERCEDES

¡Hijos de mi alma!

SANTIAGO

Están locos por tí. No sabes tú el arma que te pone en las manos ese cariño ciego que te tienen.

José María es la rectitud misma, trabajador, inteligente, decidido. En los seis meses que lleva aquí, trabajando á mí lado, ha llegado á ser para la casa tanto como yo mismo. La niña tiene un verdadero corazón de mujer, leal y firme. No me duelen los años ¡tan largos! que han pasado lejos de nosotros, para llegar á ser lo que son; pero ahora que han venido, reclamando su derecho á la vida, antes de dejarles el campo libre, tú y yo tenemos que pensar que aún nos quedan muchos deberes que cumplir para con ellos.

MERCEDES

Es verdad.

SANTIAGO

¡Y los cumpliremos! ¡Porque tú has de ayudarme!

MERCEDES

Lo has de ver. ¡Yo seré como sea, pero mis hijos son mis hijos!

SANTIAGO

¡Cuento con ello!

MERCEDES

¡Eso es! desde mañana, vida nueva. Y no digo desde hoy, porque ya sabes que esta noche no cenamos en casa.

Gesto de él.

¿No te acuerdas? Estamos invitados desde hace tres semanas en casa del Ministro de Colombia. Comida y baile. ¿Se te había olvidado? A las nueve.

SANTIAGO

Con leve mal humor.

Yo, á las siete y media tengo una junta.

MERCEDES

Pues te vistes antes, vas vestido á la junta, y yo te voy á recoger en el coche.

Con mimo.

¿No te hace gracia? Ni á mí tampoco. ¡Hijo, la última frivolidad de nuestra vida!

SANTIAGO

¡Ojalá! Las siete; me voy.

Va á salir.

MERCEDES

Deteniéndole.

Oye..., espera un poco..., tenía... tengo que pedirte una cosa..., oye..., pero no te vas á enfadar..., es un poco grave .. ¡pero es también la última, te lo aseguro!

SANTIAGO

¿Qué estás diciendo ahí?

MERCEDES

¡No, nada; si te disgustas, nada!

SANTIAGO

Ya un poco alarmado.

¡Acaba de una vez!

MERCEDES

No, si no es nada.

SANTIAGO

¿Nada, y te apuras tanto?

MERCEDES

Vete... déjalo... mañana.

SANTIAGO

No, ahora mismo.

MERCEDES

Sonriendo, para quitar importancia al caso.

Como quieras... te advierto que es dinero.

SANTIAGO

¿Otra factura?

MERCEDES

No..., es decir, sí.

SANTIAGO

¡Una más! En fin, si como dices es la última... ¿Cuánto?

MERCEDES

¿No te vas á enfadar? Diez mil pesetas.

SANTIAGO

Creyendo haber oído mal.

¿Eh?

MERCEDES

Sí, diez mil pesetas.

Con miedo.

¿Es mucho?

SANTIAGO

Con violencia.

¿Mucho? ¡Es inverosímil! ¿En qué has gastado tú diez mil pesetas?

MERCEDES

Con verdadero miedo.

No... si no las he gastado..., es que...

SANTIAGO

¡Acaba! ¿A quién le debes tú ese dinero? ¿Qué has hecho?

MERCEDES

Nada, no... si no las quiero...

SANTIAGO

¿Que no las quieres? ¿En qué quedamos? ¡No me vuelvas el juicio! ¿Las necesitas ó no las necesitas? ¡Habla!

MERCEDES

Sin saber lo que dice.

Yo... no...

SANTIAGO

¿Tú no..., tú no?

Queriendo comprender.

Entonces ¿quién? Vamos, comprendo..., tu señor padre, como de costumbre.

Ella no protesta y se acoge á la disculpa que él le proporciona inconscientemente.

Eso era, sin duda, lo que te decía al marcharse. Pues le dices tú á él que ya estoy hasta la coronilla de pagarle trampas, y que no pienso darle ni un céntimo más. ¡Si quiere proteger ninfas menesterosas, que lo gane!

MERCEDES

¡Santiago!

SANTIAGO

¡Ya lo oyes, ni un céntimo, ni á él, ni á ti, ni al Nuncio! ¡Tengo hijos y no quiero arruinarlos!

MERCEDES

Secamente.

Bueno, bueno, pero no te disgustes... Anda á vestirte... ahora voy yo.

SANTIAGO

¡Digo con la familia!

Sale SANTIAGO.

MERCEDES llama al timbre, y va de un lado para otro, nerviosamente; entra un CRIADO.

MERCEDES

Diga usted al señor que si puede venir un momento.

Sale el CRIADO. MERCEDES continúa paseándose: después de un momento, entra DON FERNANDO.

FERNANDO

¿Qué hay? ¿Le hemos pedido ya las pesetitas?

MERCEDES afirma con un gesto.

¡Pero, hija mía, qué nerviosa estás! ¿Te las ha dado?

MERCEDES niega con un gesto también.

¿Sabiendo para lo que son?

MERCEDES

¡No lo sabe!

FERNANDO

¡Pero, hija mía!

MERCEDES

¡No se lo he dicho, no! ¡No puedo decírselo! ¿Sabes á qué venía? Figúrate... á reñirme, ¡con razón!, porque ha tenido que pagar seis mil pesetas... mías... de extraordinarios, en un mes. ¡No era posible!

FERNANDO

¡Pero, hija, si lo tiene que saber!

MERCEDES

¡No lo sabrá! ¡Sería darle un disgusto demasiado grande, y no lo merece! No lo comprendería,

¡si yo no lo comprendo ahora tampoco! Fué una cosa tan necia; yo estaba jugando... perdí todo lo que tenía... él estaba á mi lado, jugando también, y ganaba, ganaba... la verdad, no sé si yo le pedí, ó si él me ofreció... seguí perdiendo... él seguía ganando... Hasta que salí del Casino no me dí cuenta de la grandísima simpleza que había hecho... y ahora... si yo se lo cuento á Santiago, él podrá figurarse cosas que no existen... tú también sospechaste cuando te lo dije, ¡y eso no!, nunca ha habido entre nosotros ni una sombra de celos, ¡y no quiero! Santiago no comprende, no quiere comprender, porque es de otra manera, porque ha vivido siempre en otro mundo, esta intimidad tonta que se establece entre hombres y mujeres á fuerza de estar siempre juntos y siempre aburridos, ¿y cómo iba á creer la verdad: que yo, á pesar de esta estupidez mía, nunca he dado motivo á ese hombre para que se atreva á ofenderme?

FERNANDO

Pero, ¿quién es?

MERCEDES

Nadie... da lo mismo. ¡Padre, ayudame tú, búscame ese dinero!

FERNANDO

Pero hija, si á mí nadie me presta ya un céntimo! Ya ves, ¡ni tú!... Piensa... ¿no tienes tú ningún recurso?... ¿joyas?

MERCEDES

No, ya he pensado, pero no: como tengo esta cabeza, porque no se me pierdan, siempre se las doy á guardar á Santiago. Nada, ¿no conoces tú á nadie?

FERNANDO

Como conocer...

MERCEDES

Con alegría.

¿Sí?

FERNANDO

Pero no te aconsejo... hija de mi vida, somos como somos. Si tomaras ese dinero á préstamo, como no pagarías los intereses ¡no te ofendas! irías aumentando la deuda, y llegaría un caso en que el conflicto fuese mucho mayor.

MERCEDES

No, no... te lo aseguro. Ahorraré, pagaré... ¡pero quiero librarme de esta pesadilla!

Don Fernando medita.

¡Papá!

FERNANDO

Sí, hijita, espera. Conozco á una mujer... ¡pobre Pepilla, qué ideal era, y qué gorda se ha puesto! Es fiadora. En tiempos le hice yo bastantes favores... cierto es que me los ha pagado después con creces, y cierto que á mí, lo que se dice á mí, dudo que quiera prestarme nada; pero tratándose de ti... tal vez... es la única persona á quien creo capaz de no abusar de una situación como esta.

MERCEDES

Ay, papá, ¿irás á verla hoy mismo?

FERNANDO

Iría, hijita, si estuviese en Madrid.

MERCEDES

¿No está en Madrid?

FERNANDO

No te apures; volverá dentro de pocos días. Seis ó siete.

MERCEDES

Con desaliento.

¡Seis ó siete días!

FERNANDO

¿No puedes esperar? En eso, como depende de lo tirantes que estén las relaciones entre ese caballero y tú, no puedo decir nada... tú verás, pero creo que es el mejor partido... sobre todo, es el único que se me ocurre... De todos modos, piensa hasta mañana.

MERCEDES

Mirando el reloj.

¡Jesús, qué horas, y yo sin empezar á vestirme! ¡Manuela, Manuela! ¡Si acabaré por perder el juicio!

Entran MANUELA por una puerta y CECILIA por otra.

CECILIA

Entrando.

Mamá...

MANUELA

Entrando.

¿Llamaba la señora?

MERCEDES

Vaya usted á mi cuarto, que tengo que vestirme.

Acariciando á su hija.

¿Has terminado ya de pruebas?

CECILIA

Sí. ¿Cómo no has subido? Te hemos estado no sé cuanto tiempo esperando con el traje azul puesto, porque la modista quería consultarte no sé qué del adorno, y yo, como no entiendo mucho, le he dicho que ponga lo que quiera. ¿Dónde vas?

MERCEDES

A mi cuarto.

CECILIA

¿Voy contigo?

MERCEDES

Que está pensando en otra cosa.

No... sí... Como quieras.

Sale MERCEDES.

CECILIA

A DON FERNANDO, no sabiendo si seguir á su madre ó quedarse.

¿Qué le pasa á mamá?

FERNANDO

Nada, hijita. ¿Tú sabes hacer cuentas?

CECILIA

¿Yo? ¿por qué?

FERNANDO

Porque, aunque parezca mentira, son artículos de primera necesidad... Aprende, hijita, aprende si no sabes, ahora que estás á tiempo.

Sale DON FERNANDO por el fondo y CECILIA se le queda mirando con asombro; luego duda un momento entre seguir á su madre ó quedarse, y cuando va á salir, el CRIADO anuncia:

CRIADO

El señor de Heredia.

Al oir el nombre, CECILIA, inconscientemente, hace un ademán de alegría: después piensa que debe marcharse, y va á salir, pero se queda. Entra ALFONSO. Al principio no hablan. El se sorprende un poco, y por cierto agradablemente, al encontrarla sola, y ella, un poco turbada, sigue junto á la puerta por donde se disponia á salir. El se adelanta sonriendo.

ALFONSO

¡Ah! Señorita... á los pies de usted.

CECILIA

Aturdida.

Buenas tardes. Mamá está en su cuarto. Voy á decirle que está usted aquí.

ALFONSO

No la moleste usted. Ella vendrá. ¿No quiere usted hacerme compañía entretanto?

CECILIA

Sentándose, y sonriendo con timidez.

Bueno.

ALFONSO

Sonriendo.

¿O es que todavía piensa usted que soy tan mala persona, que no merezco cinco minutos de conversación?

CECILIA

Muy apurada.

¿Yo? ¿Quién le ha dicho á usted que yo he pensado nunca...?

ALFONSO

Sonriendo.

Usted... anoche... bailando. No con palabras, naturalmente... es usted demasiado amable. ¡Pero hay tantas maneras de decir las cosas!

CECILIA

¡No, no: imaginaciones de usted!

ALFONSO

Si no me ofende. Tales horrores le habrán contado á usted de mí...

Mirándola de frente.

¿No?

Ella no responde, pero baja los ojos y sonríe; él hace un gesto de amargura resignada.

¡Un réprobo..., un malvado!

Sentimental.

¡Y lo triste es que puede que tengan razón!

CECILIA

Con sobresalto.

¿Eh?

ALFONSO

Fingiendo que habla para sí con grandísima amargura y olvidando que ella está delante.

Sí... las apariencias..., pero ¿qué sabe nadie de

nadie? La vida es tan amarga, tan cruél..., sobre el corazón pueden caer tales pesadumbres..., hay horas tan negras...

CECILIA

Con piedad.

¿Por qué dice usted eso?

ALFONSO

¡Oh, perdón! No hay derecho á hablar de estas miserias delante de usted.

CECILIA

¿Por qué no?

ALFONSO

Por eso; porque son miserias, amarguras... y usted no debe ni sospechar que existen. Es usted un corazón ilusionado, una criatura que entra en la vida con los ojos y el alma de par en par, creyendo en su derecho á la felicidad... Conserve usted su ilusión mientras pueda, y deje usted á los tristes que sigan su camino...

CECILIA

No piense usted que soy tan criatura. Ya sé que para todos hay tristezas y penas en el mundo... y aunque, como usted dice, no he empezado á vivir, también sé lo que tal vez olvidan los que han vivido mucho: que con resignación y humildad, de cada espina podemos hacer una flor, y de cada lágrima una piedra preciosa.

ALFONSO

Con escepticismo, pero sin irreverencia.

¿Para nuestra corona de gloria?

CECILIA

Muy seria.

Sí, señor.

ALFONSO

Suspirando.

¿Usted cree en el cielo?

CECILIA

Con firmeza pueril.

¡Y en el infierno, sí, señor! ¿Usted no?

ALFONSO

Fingiendo vacilación y combate interior.

Creo en Dios...

Mirándola fijamente.

Y en la bondad incomparable de algunas mujeres.

CECILIA

Muy turbada.

¡Oh!

ALFONSO

Inclinándose hacia ella y bajando la voz: habla muy despacio.

Es preciso que en el tono y en el ademán ponga la vibración de amor que no está en las palabras.

¿No es bastante? ¡Ay, Cecilia, qué no daría yo por conservar la fe luminosa y feliz de los primeros años! Yo también he sido creyente; yo he sabido acogerme como nadie bajo la sombra de alas de que habla el rey profeta; yo he llevado en la frente, ¡muy alta!, la señal de la cruz... y he temblado de emoción verdadera... y he llorado, adorando, pidiendo... ¡Dios mío!, ¿dónde está todo aquello? ¡Si viera usted, Cecilia, lo triste que es vivir, cuando la vida pierde todo sentido... lo ás-

pera que se vuelve la senda, cuando sabe uno que no conduce á ninguna parte!

CECILIA

Ahogándose de emoción.

Pero usted no lo sabe...

ALFONSO

¡Ay de mí!

CECILIA

No puede usted saberlo... no quiero...

ALFONSO

¡Deje usted que se pierda lo que está fatalmente perdido!

CECILIA

Eso es una blasfemia... no hay fatalidad... ¿por qué se ha de perder nadie fatalmente?

ALFONSO

Como despertando de un profundo desaliento.

Es verdad, ¿por qué?

Mirándola.

¿Acaso no es ya una esperanza el haber tropezado con una criatura como esta?

CECILIA

¿Qué dice usted?

ALFONSO

No... nada... locuras... Cecilia, es imposible, hablando con usted, conservar la serenidad elemental, el dominio sobre sí mismo á que está obligado todo ser racional. Aquí tiene usted al réprobo, al hombre de aventuras, al cínico... desconcertado, aturdido... sin saber lo que hace ni lo que dice, ante unos ojos claros que le miran con la más piadosa de las indiferencias.

Ella, un poco desconcertada, se levanta.

No se vaya usted... ¡por lo que usted más quiera, no me haga usted la ofensa de asustarse!

Sonriendo.

El que yo haya perdido la razón, no significa que usted no pueda estar tranquila á mi lado. ¡Por en-

cima de todo, lo primero de todo, me inspira usted un respeto! ¡Es usted tan distinta de todas las mujeres que he encontrado en el mundo! Es usted la mujer fuerte, Cecilia... Míreme usted... ¡Sí, loco, desatinado, muerto por usted... desde ayer, desde siempre, desde que la ví á usted, desde que tuve al lado ¡miserable de mí! toda esta gracia, toda esta pureza, todo este candor de agua clara, que soy indigno de adorar de rodillas!

CECILIA

Déjeme usted.

Cada vez más desconcertada.

ALFONSO

¿Por qué? ¿La ofendo á usted? Si no pido nada, si no quiero nada, si no he de pedir nunca ni una sonrisa...

CECILIA

Separándose de él, y dejándose caer en un asiento, entreabriendo la boca y apretándose el corazón con las dos manos.

¡Ay, Dios mío!

ALFONSO

¿Qué tiene usted, Cecilia? ¿Se siente usted mal? Perdón... ¿Qué he hecho, Dios mío, qué he hecho?

CECILIA

No... si no...

ALFONSO

Acercándose y sosteniéndola.

No, mi alma... mi vida... mi única esperanza... no me abandones... no...

Ella se pone en pie, muy seria: él un poco alarmado.

Perdón... ¿Quiere usted que me marche..., que llame?

CECILIA

No... no...

ALFONSO

Sí... está usted pálida, temblando... se le han quedado á usted las manos frías... Perdóneme usted... dígame usted de veras, de veras, que no tiene usted nada contra mí..., que se va usted á olvidar de todo esto... ¡Cecilia!

CECILIA

¡Ay! creo que viene alguien... déjeme usted marchar.

ALFONSO

Yendo con ella hacia la puerta.

Pero dígame usted que me tiene usted un poco de compasión..., que me deja usted la esperanza de verla alguna vez...

CECILIA

Sí... sí... no sé...

ALFONSO

¿Mañana?

CECILIA

Sin saber lo que dice.

¿Cómo?

ALFONSO

Yo la encontraré á usted. Basta con que yo sepa que usted me lo permite... Gracias, gracias...

Le besa la mano.

CECILIA sale con la cabeza completamente perdida, sin saber dónde va; en cuanto ella ha salido, él, satisfecho de la batalla ganada, cambia de expresión. Pasa un momento.

Entra por otra puerta MERCEDES con su hijo: viene elegantísimamente vestida para una comida de ceremonia: detrás de ella viene JOSÉ MARÍA, que trae al brazo el abrigo, el abanico y la bolsa de su madre: antes de entrar se les oye hablar y reir por el pasillo.

JOSÉ MARÍA

Si, mamá, sí; muy mal.

MERCEDES

¡Ja, ja, ja! ¿Ahora me va á reñir también el niño?

Entran.

JOSÉ MARÍA

Sí, señora.

En broma.

¿Le parece á usted que una buena madre debe abandonar así á sus hijos?

Viendo á Alfonso.

¡Ah!

ALFONSO

Adelantándose.

Señora...

Ella hace un leve gesto de contrariedad, que él finge no ver. ALFONSO José MARÍA se saludan.

MERCEDES

No sabía que estuviese usted aquí.

ALFONSO

¡Oh! llegué hace muy poco... Ya veo que va usted á salir y me marcho ahora mismo. No quise que avisaran á usted; pero me he permitido esperarla un momento... No quería marcharme sin ver á usted... Es un placer al cual no se renuncia fácilmente.

MERCEDES

¡Bah!

Se sienta, resignada á cinco minutos de molestia, pero un poco nerviosa. José MARÍA va á dejar al otro extremo de la habitación el abrigo, el abanico y los guantes de su madre.

ALFONSO

Y sin enterarme de que las emociones de ano-

che no han alterado en lo más mínimo esa salud preciosa.

MERCEDES

¿Emociones..., yo, anoche? No recuerdo.

ALFONSO

¡Dichosa usted que puede olvidar tan deprisa! No todos tenemos esa suerte.

MERCEDES

¿José María, me das el abanico?

ALFONSO

En voz baja.

¿Ni siquiera me concede usted el derecho á la queja? Es demasiado.

MERCEDES se levanta. A JOSÉ MARÍA, que ya se ha acercado.

Tiene usted una madre admirable y cruel.

JOSÉ MARÍA

Muy serio.

¿Usted cree?

ALFONSO

Y puede usted alegrarse de ser su hijo.

JOSÉ MARÍA

Así lo hago.

ALFONSO

Mercedes, hasta luego. ¿Cenan ustedes en la Legación de Colombia? Yo no tengo esa suerte, pero daré una vuelta después por el baile. ¿Quiere usted reservarme un vals? No diga usted que no... sería demasiada crueldad. Buenas noches.

MERCEDES

Muy buenas.

ALFONSO

A José María que va con él hasta la puerta.

No, no se moleste usted... sé el camino... soy de confianza.

Sale Alfonso.

JOSÉ MARÍA

Me es odioso ese tipo... No sé cómo le puedes escuchar con paciencia.

Mirándola.

¿Qué te pasa?

MERCEDES

Nada.

JOSÉ MARÍA

Sí, madre, sí... ¿qué tienes? ¿por qué te has puesto así de repente, si estabas tan contenta? ¿Es que ese hombre?...

MERCEDES

No, hijo mío, no.

JOSÉ MARÍA

¿Te ha ofendido? ¡Y se atreve á seguir viniendo aquí!

MERCEDES

No te alteres, hijo... Sí, es odioso, antipático... me inquieta, me molesta, preveo que me se-

guirá molestando... pero... cosas del mundo... resignarse.

JOSÉ MARÍA

Eso no. Le dices que no vuelva á presentarse delante de tí, y basta.

MERCEDES

Una mujer no debe darse por enterada de ciertas cosas, hijo.

JOSÉ MARÍA

Pero un hombre sí. ¡Corre de mi cuenta!

MERCEDES

No puede ser.

JOSÉ MARÍA

¿Por qué?

MERCEDES

Ante la inquietud grandísima de su hijo, dice la verdad.

Porque... porque le debo dinero.

JOSÉ MARÍA

¿Dinero? ¡tú!

MERCEDES

Sí, yo... es inverosímil, es absurdo... pero es así... dinero... mucho... diez mil pesetas.

JOSÉ MARÍA

¡Y lo sabe mi padre! ¿No? Madre, hay que decírselo... hay que pagar hoy mismo.

MERCEDES

Sí, hijo, sí... pero á tu padre no...

JOSÉ MARÍA

¿No?

MERCEDES

¡Hijo de mi alma!... te lo digo yo y basta... yo, que soy tu madre... yo que quiero á tu padre más que á mi vida. No debe saberlo. ¡Harto me pesa ya que lo sepas tú!

JOSÉ MARÍA

¡No digas eso, madre!... Pero, entonces, piensa conmigo, madre, ayúdame ¿qué podemos hacer? ¿Qué puedo hacer por tí?

MERCEDES

¿Tú?

JOSÉ MARÍA

Sí..., yo.

MERCEDES

¿Tú?

Con esperanza.

¡Sí!

Con desaliento.

¡No!

JOSÉ MARÍA

¿Qué, madre, qué?

MERCEDES

No, nada... no hay remedio. ¡Déjalo!

JOSÉ MARÍA

Insistiendo con cariño.

¡No puede ser! Mira, madre...: á papá, si tú no quieres..., yo se lo digo... mejor es que lo sepa.

MERCEDES

Con violencia.

¡No, no, hijo! ¡No es posible! ¡No quiero!

JOSÉ MARÍA

Con tristeza.

Entonces...

Pausa.

MERCEDES

¿Qué estás pensando?

José María no responde.

¡Dime qué estás pensando!

JOSÉ MARÍA

¡Nada, madre!

MERCEDES

¡Sí, contra mí!

JOSÉ MARÍA

¡No, madre! Es que todo esto...

Con tristeza y cariño.

¡no te ofendas, mamá... me parece..., no sé..., tan extraño!

MERCEDES

Con explosión de pena.

Extraño, triste, desagradable... Tienes razón. Sí. ¡Todos tienen siempre razón contra mí!

Llora.

JOSÉ MARÍA

Con angustia.

¡No, madre, llorar no! ¡No puedo verte llorar á ti!

Con resolución.

¡Tendrás ese dinero!

MERCEDES

Con esperanza pueril.

Pero... ¿cómo?

JOSÉ MARÍA

Con decisión.

¡No sé... pero lo tienes... mañana mismo!... ¡No llores más!

MERCEDES

Un poco asustada por el acento decidido de él.

¿Qué vas á hacer?

JOSÉ MARÍA

Nada. ¡Eso es cuenta mía!...

MERCEDES

Pero, hijo...

Entra un CRIADO.

CRIADO

El coche está esperando á la señora.

MERCEDES

Bien... Voy.

JOSÉ MARÍA

¿Te vas así? Espera... aún tienes tiempo... tranquilízate.

MERCEDES

Tengo que ir á buscar á tu padre... No te apures por mí.

JOSÉ MARÍA

¡Mamá!

MERCEDES

Le besa como á un chiquillo.

Ea... hasta mañana.

Entra CECILIA.

CECILIA

Aún muy turbada.

Mamá... ¿pero te vas... otra vez?

MERCEDES

Sí, hija, sí.

CECILIA

¿No comes con nosotros? ¿Ni papá tampoco? ¡Ay!

MERCEDES

¿Dónde estabas? ¿Qué hacías?

CECILIA

Por ahí... Nada.

MERCEDES

¿Te aburres? Ya te divertiremos. Ahora, como no tienes todavía ropa, no puedes ir á ninguna parte; pero ya verás... Mañana te traerán un vestido, y por la tarde ya puedes ir al *tennis*..., y dentro de tres días tienes un baile. Ea... á dormir muy bien, y á no pensar en cosas tristes.

Abraza á sus hijos y sale. JOSÉ MARÍA y CECILIA, se quedan cada uno en un extremo de la habitación, sin hablarse, los dos hondamente preocupados. Vuelve á entrar el CRIADO.

CRIADO

Entrando.

Cuando la señorita guste, se puede servir la comida.

CECILIA

Está bien. Apague usted esas luces.

El CRIADO apaga la araña central y deja encendida la lámpara que está sobre el piano.

CECILIA se sienta en un sofá junto á la chimenea, y JOSÉ MARÍA mira por el balcón.

Un momento de silencio: los dos están muy preocupados.

Oye, José María... tú que llevas ya seis meses en casa... ¿siempre es así?

JOSÉ MARÍA

¿El qué?

CECILIA

La vida aquí... como esta noche, como todo el día.

JOSÉ MARÍA

¿Cómo quieres que sea?

CECILIA

No sé.

JOSÉ MARÍA

¿Qué te ocurre? Estás muy sofocada.

Poniéndole la mano en la frente.

¿Tienes fiebre?

CECILIA

¿Y á ti?

JOSÉ MARÍA

¿A mí?

CECILIA

Parece que estás triste, preocupado...

JOSÉ MARÍA

No.

Pausa corta.

CECILIA

Con mal humor.

Hace frío... ¿por qué no encienden esta chimenea?

JOSÉ MARÍA

¿Quieres que llame?

CECILIA

No... José María... tú me quieres mucho, ¿verdad?

JOSÉ MARÍA

Verdad.

CECILIA

¿Pero mucho, mucho? No me querrás tanto como yo á ti... ¡Me has visto tan poco!

JOSÉ MARÍA

Lo mismo que tú á mí.

CECILIA

Pero las mujeres queremos siempre más... ¡En el colegio pensaba en ti más veces!

JOSÉ MARÍA

¡Y yo en ti!

CECILIA

Porque estaba orgullosa de tener un hermano.

JOSÉ MARÍA

Y yo una hermana.

CECILIA

¿De verdad?

JOSÉ MARÍA

En la cartera llevaba siempre tu retrato... Le saca. y le llevo... mira.

CECILIA

¡Vaya una gracia! Yo también el tuyo.

Abre un dije que lleva colgado.

Mira: papá, mamá y el niño en medio.

JOSÉ MARÍA

Enseñando los retratos.

Papá, mamá y la niña.

CECILIA

¡Qué triste es el colegio! ¿verdad? ¡Y qué ansias se tienen de volver á casa! Sobre todo de noche, cuando todo se calla y todos se duermen, y una está despierta en aquel dormitorio tan grande y tan frío, y piensa una: «Yo tengo padre y madre, y quiero estar con ellos, ¡y estoy sola!» ¿No te pasaba á ti?

JOSÉ MARÍA

Sí... pero ahora... ya estamos en casa.

CECILIA

Es verdad.

Mirando alrededor.

Ya estamos en casa...

Casi llorando.

y ya ves...

JOSÉ MARÍA

También muy conmovido, pero tratando de disimular.

Anda, anda... no pienses tonterías... vamos á comer.

CECILIA

Vamos.

José María coge á su hermana por los hombres y la lleva abrazada. Salen los dos por la puerta del foro.

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración que en los actos anteriores. Son próximamente las once de la mañana. Al levantarse el telón, CECILIA, junto á la chimenea, saca una carta de entre las páginas de un libro y empieza á leerla, mirando antes con inquietud á uno y otro lado. Cuando está leyendo, entra MANUELA, que trae en cada mano una jaula, cada una con un pájaro. Al oirla entrar, CECILIA se asusta y deja la carta en el sofá, poniendo encima el libro.

CECILIA

Asustada.

¡Eh! ¿Quién?

MANUELA

Yo, señorita... ¿Se ha asustado la señorita?

CECILIA

No... es que estaba leyendo... distraída.., ¿Qué hora es?

MANUELA

Poco más de las once, señorita.

CECILIA

¿Se ha despertado ya mi madre?

MANUELA

¡Anda! A las nueve ya estaba vestida.

CECILIA

Y yo sin atreverme á entrar por no despertarla. Voy allá.

Se levanta para salir.

MANUELA

No se moleste la señorita. La señora ha salido. Dijo que iba á unas compras, que volvía al instante.

CECILIA vuelve á sentarse.

¿Por qué no baja la señorita un rato al jardín? Está una mañana que parece de Mayo. Este año se adelanta la primavera. Como que hay un sin fin de violetas al pie de la tapia. ¿Quiere la señorita que le haga un ramo?

CECILIA

Deseando terminar.

No... muchas gracias. Ya bajaré yo luego.

MANUELA

¿No manda nada la señorita? Voy á sacar al sol estos pájaros.

Sale llevándose las jaulas. En cuanto MANUELA ha salido, CECILIA vuelve á la lectura de la carta. Lee con ansiedad y pasando deprisa de una carilla á otra. Cuando llega al fin suspira, se detiene, y pasado un instante, vuelve á empezar la lectura desde el principio de la carta, esta vez con grandísima emoción.

CECILIA

¡Ay, Dios mío!

Entra SANTIAGO. CECILIA, al verle entrar, se levanta muy deprisa, estruja el papel, y ocultándole en el hueco de la mano cerrada, sonríe y saluda á su padre.

¡Buenos días, papá!

SANTIAGO

Sin reparar en la turbación de Cecilia, porque él viene bastante preocupado.

Buenos días. ¿Está en casa tu hermano?

CECILIA

Me parece que sí. ¿Le quieres algo?

SANTIAGO

Sí; dile que venga.

Cecilia se aleja deprisa. Santiago pasea sin hablar. Pasado el tiempo que se suponga necesario, entra José María.

JOSÉ MARÍA

Con aparente serenidad.

¿Me llamas?

SANTIAGO

Sí.

Le mira con atención serena y triste.

¿No tienes nada que decirme?

JOSÉ MARÍA

¿De qué? No, nada.

SANTIAGO

¿De veras?

JOSÉ MARÍA

¡De veras!

SANTIAGO

Pues yo á tí, sí. Pedí ayer el saldo de la cuenta del Banco. Acaban de enviármela. Ahora tú dirás.

JOSÉ MARÍA

En voz muy baja.

Padre...

SANTIAGO

Hace ocho días has retirado, sin consultar conmigo ni advertírmelo, diez mil pesetas ¿Para qué?

JOSÉ MARÍA

Padre, perdóname... Es una cosa indigna, y de la cual no intento disculparme, porque sé que no

tiene disculpa. He jugado, he perdido, tenía que pagar, me ha faltado valor para confesártelo, y he empleado este medio cobarde, sabiendo de sobra que no podías menos de enterarte, que había de llegar este momento.

Con aflicción, pero con serenidad.

¡He sido un miserable, y además un necio!

SANTIAGO

Sin dejar de mirarle fijamente.

¿Que has jugado? ¿Tú? ¿Cuándo? Si te pasas el día conmigo, y desde que ha venido tu hermana no has salido de casa una sola noche...

JOSÉ MARÍA

Sí, padre, si he salido... casi todas.

SANTIAGO

Tarde ha debido ser, y con misterio, para que yo, que duermo poco y mal, no me haya enterado. Hijo de mi alma, afortunadamente, mientes muy mal.

JOSÉ MARÍA

¡No miento!

SANTIAGO

¡Sí mientes!

JOSÉ MARÍA

Padre, te aseguro que digo la verdad. No soy tan bueno como tú crees, como estoy obligado á serlo sólo por ser tu hijo. He salido de noche, he tratado con gentes indignas, me he dejado arrastrar, he jugado ¡te juro que he jugado y he perdido!

SANTIAGO

Sonriendo con tristeza.

¡Con qué apasionamiento te acusas, hijo! Cualquiera creería que te defiendes.

JOSÉ MARÍA

¿Yo? ¿De qué?

SANTIAGO

Es inútil que intentes convencerme de que has cometido todas esas maldades imaginarias; no eres un chiquillo granuja, ni un señorito golfo... Lo cual no quita para que lo que has hecho, real y efectivamente, sea una grandísima deslealtad, que

me duele y me aflige mucho más de lo que tú puedes figurarte.

JOSÉ MARÍA

Pero...

SANTIAGO

Sin dejarle hablar.

Esas diez mil pesetas no las has jugado, no las has perdido. Esas diez mil pesetas se las has dado á otra persona.

JOSÉ MARÍA

Con grandísima energía.

¡No!

SANTIAGO

A tu madre.

JOSÉ MARÍA

Con desesperación.

¡No, no! ¡Te aseguro, te juro que no!

SANTIAGO

Sonriendo.

Conozco demasiado la cantidad, para que pueda caberme duda. No niegues más... Con mucha seriedad. es inútil. No te he preguntado porque quisiera saber, sino porque sabía. Hubiera deseado de ti un poco más de sinceridad. ¡Eso es todo!

Pausa. José María inclina un poco la cabeza y no responde.

¡Es triste no poderse fiar de lo que más quiere uno en el mundo!

JOSÉ MARÍA

Con aflicción.

¡Padre!

SANTIAGO

Levantándose con violencia.

¿Y qué razones te ha podido dar para decidirte á hacer lo que has hecho? ¿Qué motivos has podido encontrar bastante poderosos para justificarte á tus propios ojos? ¿Qué explicaciones le has pedido?

JOSÉ MARÍA

¡Yo, explicaciones á mi madre! Ninguna. ¡No las necesitaba!

SANTIAGO

¡Es verdad! A mí es únicamente á quien tiene que dármelas.

Con ira.

¡Y de ésta, me las da, se lo aseguro! ¡Es demasiado!

JOSÉ MARÍA

No, padre. ¡A mamá no le digas nada!

SANTIAGO

¿Por qué?

JOSÉ MARÍA

¡Porque no! Aquí me tienes á mí... yo soy el que ha hecho el daño, yo soy quien tiene la responsabilidad! ¡Toda! ¡Haz de mí lo que quieras, pero á ella no, á ella no.

SANTIAGO

¡No sabes lo que dices!

JOSÉ MARÍA

No tiene culpa de nada, de nada...

Con apasionamiento.

¿Ella qué sabía? ¡Yo la ví llorar y he hecho lo que he hecho! ¡Y ahora va á sufrir por mi culpa¡ ¡Miserable de mí, que no he sabido defenderla!

SANTIAGO

Está bien...

JOSÉ MARÍA

Padre... prométeme que no le dirás nada.

Suplicante.

¡Por lo que más quieras en el mundo!

SANTIAGO

Después de una pausa.

Óyeme... Lo que voy á decirte, me cuesta una tristeza... ¡tan grande! ¡Pero no hay más remedio, por tu bien mismo, por el de todos! Hijo, tú eres la mejor esperanza de mi vida..., más que esperanza, el premio, la compensación de todo mi trabajo, la única inmortalidad en que creo y que necesito.

José María va á hablar, pero Santiago no le deja.

No me digas nada. Todos necesitamos una fe para encontrarle sentido á la vida; mi fe desde que tú naciste, has sido tú. He creído en tí, hombre leal, fuerte de cuerpo y alma, intachable. Por muy inflexible consigo mismo que quiera uno ser, siempre tiene flaquezas, siempre le faltan ciertas virtudes. Todas las que yo no he podido alcanzar, las he esperado de tí; contra todas las flaquezas que me han rendido, te he soñado á tí invulnerable... ¡Hijo, tú, en mi esperanza, eras el hombre que yo hubiera querido ser!

JOSÉ MARÍA

Con entusiasmo.

¡Y lo seré, padre, lo seré!

SANTIAGO

Quiero creerlo.

Sencillamente.

¡Porque esa es toda la razón de mi vida! Pero... escúchame: el primer mal contra el que necesitas hacerte fuerte, si quieres conservar la rectitud absoluta de tu vida, es la influencia á la que te has

rendido al primer choque... ¡Una mujer que llora es el peor enemigo de un hombre honrado!

JOSÉ MARÍA

Yo...

SANTIAGO

Ese ha sido el escollo de toda mi firmeza. Tu madre...

JOSÉ MARÍA

Interrumpiéndole con apasionamiento.

¡Mi madre es la mujer más buena del mundo!

SANTIAGO

Sí, hijo, sí. No me hagas la ofensa de pensar que necesitas defenderla contra mí. La mujer más buena del mundo, dices bien. Pero tiene una idea equivocada de muchísimas cosas. Toda su lealtad incorruptible está en el corazón, toda su moral en el sentimiento; pero... la cabeza, hijo... no sé... es frívola, tú mismo lo has dicho para justificarla: ¡es irresponsable!

Con odio.

¡Ah, su padre! Segundón pobre de una casa rica, egoísta, vicioso, holgazán, jugador... creo, Dios me perdone, que hasta caballero de industria, sin más virtud que la de querer á su hija, á su modo. Han vivido al azar: hoy con miles de duros, mañana sin un céntimo: por eso para ella el dinero es una cosa que se necesita, que se gasta, que no se sabe de dónde viene...

Entra Don Fernando. Viene de la calle. Trae el sombrero puesto, y bajo el abrigo, smoking, porque, aunque es por la mañana, ha pasado la noche fuera de casa. Viene ligeramente trastornado y muy optimista por influencias del champagne nocturno.

SANTIAGO

Buenos días.

FEENANDO

Sin querer detenerse

¡Muy buenos, hombre rico!

Á José María.

Felices, niño.

Va á pasar.

SANTIAGO

Hágame usted el favor de quedarse un momento. Tenemos que hablar.

FERNANDO

Todos los que tú quieras.

Se quita el sombrero y se acerca á la chimenea, delante de la cual se queda en pie calentándose las manos, después de haberse quitado los guantes.

SANTIAGO

Á José María.

Tú puedes marcharte á la fábrica. Ahora voy yo.

José María sale sin decir nada.

FERNANDO

¡Caramba, caramba, qué fresquitas son en Madrid las mañanas de primavera! Mira, burgués feliz, si la conversación va á ser larga, ten la amabilidad de disponer que me sirvan algo caliente.

SANTIAGO

¿Larga? No, por cierto. Se reduce á una breve pregunta. ¿Piensa usted pasar todavía mucho tiempo en Madrid?

FERNANDO

¡Hum! ¿Debo interpretar ese «todavía» como insinuación de que se prolonga demasiado mi estancia entre vosotros?

SANTIAGO

Secamente.

Interprételo usted como guste.

FERNANDO

Se tendrá en cuenta la indicación.

SANTIAGO

Así lo espero.

FERNANDO

Pero ante esta insolencia inmerecida, me permitiré, á mi vez, una pregunta. ¿En qué puede mo-

lestar á tu corrección el que un padre amante pase unas cuantas semanas al lado de su hija?

SANTIAGO

Precisamente en eso. No me conviene que mi mujer esté, ni unas semanas, ni una hora, bajo la influencia de usted.

FERNANDO

¡Pero, hijo de mi vida, si no hago más que darle buenos consejos!

SANTIAGO

Con ira.

En virtud de los cuales, sin duda, á ella le ha parecido muy bien obligar á su hijo á una villanía, para pagar las trampas de su padre.

FERNANDO

¡Alto ahí..., alto ahí! Entendámonos.

SANTIAGO

No hay nada que entender. Bien claro está.

FERNANDO

Molesto.

Yo no sé qué habrá hecho tu niño; pero puedes estar seguro de que yo no tengo absolutamente nada que ver en la hazaña.

SANTIAGO

¿Se atreve usted á decir que las diez mil pesetas no han sido para usted?

FERNANDO

¿Eh? Las diez mil pesetas...

Comprendiendo al repetir la cantidad.

¡Ah, vamos; las famosas diez mil pesetas! ¿Y Mercedes te ha dicho?...

SANTIAGO

¡Lo que tenía que decirme!

FERNANDO

Dolido.

Que yo... Eso está mal, muy mal... no lo es-

peraba de ella, palabra de honor... ¡No lo esperaba!

SANTIAGO

¡Ya! Usted llegó á creer que, como siempre, yo iba á dar el dinero sin protesta, sin explicaciones...

FERNANDO

¿Yo?

SANTIAGO

Con violencia.

¡Pues se acabaron aquellos tiempos! Mercedes tiene encargo de decírselo á usted; pero por si ella no se atreve, se lo digo yo. Se acabaron, y para siempre. Celebraré infinito que no volvamos á vernos las caras. Buenos días.

FERNANDO

Deteniéndole.

Aguarda, aguarda, que aún tenemos que hablar.

SANTIAGO

¿Yo con usted?

FERNANDO

Yo contigo. Has estado *Con burla.* elocuente y conciso, hijo mío; pero, por esta vez, toda tu elocuencia está completamente fuera de lugar. Aunque tú no lo creas, te repito que soy completamente ajeno á la trampa en cuestión. Acaso debiera sacrificarme, dejar correr la bola y callar. Pero un hombre es un hombre, y la reputación es lo primero.

SANTIAGO

Con desprecio.

¡La de usted!

FERNANDO

Con cierta dignidad.

¡Sí, burgués, la mía! Cada uno tiene su alma en su almario. Esas diez mil pesetas que de tal modo se te atragantan, son de la exclusiva competencia de tu señora esposa. Yo he hecho lo posible por sacarla del apuro; le he aconsejado que te lo confiese, que acuda á ti. No se ha atrevido, y ha echado el mochuelo sobre su pobre padre... Si tú hubieras mirado la cuestión con un criterio un poco más... aristocrático, yo hubiese podido aceptar la

responsabilidad del hecho y evitarte ún disgusto; pero como lo tomas tan por lo burgués, hijo, con tu pan te lo comas... yo me lavo las manos.

SANTIAGO

¿Qué está usted diciendo?

FERNANDO

Lo que oyes. Mercedes debía ese dinero ella solita... porque, sencillamente, lo habia jugado y lo había perdido... eso es todo.

SANTIAGO

¿Mercedes?... ¡Jugar!

FERNANDO

Sí, hijito, sí... jugar... perder... Tú tienes la culpa.

SANTIAGO

¡Yo!

FERNANDO

¿Qué quieres que haga una mujer que se aburre como una ostra? Tú eres un buen marido... ahí está el quid. Un marido no debe ser nunca demasiado bueno. Esos corazoncillos inquietos necesitan un poco de emoción, la espinita dorada, la sal de la vida. Distracciones peores y más caras hay por el mundo.

SANTIAGO

¿De modo que, según usted, todavía debo darme por muy contento?

FERNANDO

¡Qué duda cabe!

SANTIAGO

Y ella es muy posible que sea de la misma opinión. ¡Se comprenden ustedes! ¡Naturalmente!

FERNANDO

¡Naturalmente, nos comprendemos!

SANTIAGO

¡Pero yo no estoy dispuesto á comprender!

FERNANDO

¡Tarde recuerdas, hijo!

SANTIAGO

¿Por qué dice usted eso?

FERNANDO

Porque hace mucho tiempo que debieras haber comprendido. Veintitantos años. Los mismos que hace que la encontraste. Mercedes es un ángel... que no sabe llevar el libro de caja. ¿Ahora te sorprende? ¿La conociste, por casualidad, en algún curso de economía política?... Es frívola. ¿Te enamoraste de ella en algún sermón? Si no recuerdo mal, fué en Niza, un Carnaval, en un baile, y ella iba vestida de locura... conque si lo querías más claro.

SANTIAGO

Un poco desconcertado.

Pero..

FERNANDO

No hay pero que valga. Te casaste con ella porque te gustó. Y te gustó precisamente por eso: porque era frívola, porque era alegre, porque era imprevisora, original, graciosa... porque hacía ruído y se vestía bien. ¡No le exigiste más! Quisiste que alegrara tu vida de hombre trabajador, metódico y sombrío con su gracia de pájaro alegre; que fuera una caja de música para tu aburrimiento de fabricante. ¿Ahora te parecen caras las sonatas? ¡Lo bueno, cuesta, hijo!

Pausa breve. SANTIAGO no dice nada.

Lo único que podías lamentar con razón es que no fuera una mujer fiel. ¡Lo es! ¿Qué más pides? Estas cuestiones de dinero, que á ti te parecen tan esenciales para la dignidad, porque los hombres las hemos convertido casi en religión, para las mujeres no tienen importancia. Lo que para nosotros es una deshonra, para ellas es una ligereza. En cambio ellas se creerían deshonradas por cosas que á nosotros nos parecen una distracción sin consecuencias. ¡Hijo, cada sexo ha puesto el honor en un mandamiento distinto!

SANTIAGO

Está bien, está bien.

FERNANDO

Dicho esto, no tengas cuidado. Haré las maletas á la mayor brevedad.

SANTIAGO

Puede usted quedarse todo el tiempo que guste.

Llama al timbre y entra el criado

Que venga la señora.

CRIADO

No está en casa.

SANTIAGO

¡Naturalmente! Está bien. Deme usted el abrigo y el sombrero. Buenos días.

Sale SANTIAGO *y el criado también.*

FERNANDO

Acercándose de nuevo á la lumbre.

¡Ay, Mercedes, Mercedes! Pues, señor, los hijos son ingratos hasta con los padres egoístas.

Entra CECILIA *y se le queda mirando.*

CECILIA

Abuelo, ¿qué te pasa? ¿Estás hablando solo? ¿Dónde vas á estas horas con *smoking?*

FERNANDO

No voy... Estoy de vuelta de la única ilusión que me quedaba. No quieras á nadie, ni á tus hijos, si llegas á tenerlos, y vale mucho más que no los tengas: te lo dice un padre.

Sale muy entristecido.

CECILIA

¡Pero, abuelo!...

Mirándole alejarse.

¡Ay, Señor! ¡En esta casa todos estamos locos

Aparece en la puerta ALFONSO: trae el abrigo puesto y el sombrero en la mano.

Toda la escena en voz muy baja y precipitada.

ALFONSO

En voz baja y adelantando con cierta precaución.

¡Cecilia!

CECILIA

Con terror y alegría al mismo tiempo.

¡Ay!

ALFONSO

Acercándose á ella.

¡No te asustes!.... Soy yo... ¡mi vida!

CECILIA

Sí..., sí... Pero... ¿cómo has venido? ¡Márchate!

Mira hacia un lado y otro con temor.

ALFONSO

No vienen. Ya sé que no está en casa tu madre... A tu padre y tu hermano les he visto salir ahora mismo... No vienen..., y aunque vinieran... No estamos cometiendo ningún crimen.

CECILIA

¿Verdad?

ALFONSO

Como no lo sea no poder vivir una hora sin verte. ¿Me esperabas tú?

CECILIA

No... Es decir, sí. Te espero siempre... hasta cuando no es posible esperarte..., hasta cuando me acabo de separar de ti...

ALFONSO

¡Chiquilla mía, Casi abrazándola. qué bonita eres y cómo te quiero!

CECILIA

Con ilusión.

¿Sí?

Separándose con sobresalto.

¡Ay!

ALFONSO

Deteniéndola con suavidad.

No... ¡Nadie!

CECILIA

¡Dios mío, esto no es vivir!

ALFONSO

¿Recogiste la carta anoche en el manguito?

CECILIA

Sí; pero no me escribas.

ALFONSO

¿La has perdido?

CECILIA

No; está aquí... ¡pero no me escribas!

ALFONSO

¿Por qué?

CECILIA

No sé..., porque no... me da miedo...; en cuanto la he leído, la quisiera romper...; pero no puedo, Sonríe. por leerla otra vez..., y si alguien las encuentra! Oye, Con cariño pueril. ¿por qué no quieres decírselo á mi madre?

ALFONSO

Estás loca...; en esta casa todos me quieren mal.

CECILIA

Sonriéndole con ingenuidad graciosa.

Menos yo.

ALFONSO

Acariciándola suavemente la frente.

¡Menos tú, que eres mi vida! Tu madre, más que nadie. Día llegará en que todos lo sepan.

CECILIA

Pero entre tanto, esta angustia constante, este no verse...

ALFONSO

Tienes razón; hay que verse; hay que hablarse. ¡Tengo un hambre de decirte todo lo que te quiero donde nadie nos oiga!

CECILIA

¡Sí, sí!

ALFONSO

De arrodillarme delante de ti... horas enteras.. en silencio... contigo... nada más que contigo...

donde no tengas miedo..., donde nó haya en el mundo para ti más que yo... más que mi amor, Cecilia, vida mía...

CECILIA

Sí, sí...; ¡pero ya ves!

ALFONSO

¿No sales nunca sola?

CECILIA

No... nunca.

ALFONSO

¿Ni á casa de una amiga? ¿Ni siquiera á la iglesia... por las mañanas?

CECILIA

A la iglesia, sí...; pero...

ALFONSO

¿A qué hora?

CECILIA

Con vacilación.

Muy temprano...; á las siete.

ALFONSO

Pues mañana te espero.

CECILIA

Es que...

ALFONSO

¿No quieres? ¡Tienes miedo de mí! ¡No me ofendas, Cecilia! ¡Todavía no sabes de qué modo te quiero! En mi coche, ¿verdad? Tú sales, como todas las mañanas... Oyeme... mírame... dime que sí... que vendrás... sin angustia, sin miedo...; si vieras la emoción, la reverencia con que me acerco á ti; Abrazándola. ¡si supieras lo que eres para mí! ¿Vendrás?

CECILIA

Medio vencida.

No sé.

Él la mira fijamente.

Sí, sí.

ALFONSO

¡Bendita seas!

CECILIA

Apartándose bruscamente de ALFONSO.

¡Mi madre!

MERCEDES ha aparecido en la puerta del fondo.

ALFONSO

Señora mía.

Sonriendo.

MERCEDES

Primero con sorpresa y luego, al darse cuenta de la situación, con ira.

¿Usted?... ¿Tú?... Caballero, creí que había terminado entre nosotros toda relación, y verdaderamente no sé con qué derecho se atreve usted á venir á esta casa.

ALFONSO

Para ganar tiempo.

Señora...

CECILIA

Adelantándose con decisión y poniéndose de nuevo al lado de ALFONSO.

Madre... he sido yo... Es por mí...

MERCEDES

Con ira.

Ya lo veo...

Á ALFONSO.

No ha perdido usted el tiempo... y ha sabido usted elegir la venganza.

CECILIA

¡La venganza!

MERCEDES

¡Es usted fuerte, amigo; pero he llegado á tiempo, y nos veremos!

ALFONSO

Señora, usted comprende Mirando á CECILIA. que así no puedo dar explicaciones. Se equivoca usted en todo lo que está pensando. Si Cecilia quisiera dejarnos un momento...

MERCEDES

¡No! Todo lo que tenga usted que decirme le interesa á ella oirlo tanto como á mí.

Á Cecilia.

¡Quédate!

ALFONSO

No sé si hace usted bien...

MERCEDES

Hago lo que debo.

Pausa.

¡Hable usted!

CECILIA

Con angustia y esperanza.

Eso es... habla... dile...

Alfonso calla.

MERCEDES

¿Prefiere usted que haga yo la historia? ¿que sea yo quien diga á mi hija que la está usted engañando miserablemente?

ALFONSO

¡Señora!

MERCEDES

Con ironía triste.

Porque supongo que se trata de amor. Sin duda, cuando yo he llegado, le estaba usted diciendo á esta infeliz que está loco por ella, que le es á usted imposible vivir sin su cariño, que no tiene derecho á ser cruel con un amor tan sincero, tan hondo... ¡lo mismo, con ligeras variantes, que me dijo usted á mí hace ocho días, en este mismo sitio!

CECILIA

Dejándose caer en el sofá.

¡Ay de mí!

MERCEDES

¡Sí que es el de usted un amor demasiado fugaz!...

Con amargura.

¡A menos que sea un odio demasiado incomprensible... demasiado! Yo no le he hecho á usted un mal, ni siquiera una ofensa que merezca semejante venganza. ¡Parece imposible que, por muy villano

que sea un hombre, se atreva á una infamia tan grande por vengar un agravio de amor propio.

ALFONSO

Con emoción en la voz.

Mercedes, me está usted ofendiendo no sabe usted cómo, y yo callo por consideración, por respeto, por cariño...

MERCEDES

Interrumpiéndole, con amargura y violencia.

¿A ella ó á mí?

ALFONSO

¡Mercedes!...

MERCEDES

Con arrebato de indignación.

¡Explíquese usted, hombre, explíquese usted¡ Diga usted que á las dos, si le parece. Diga usted que la quiere á fuerza de quererme, que por ser hija mía, usted, que lleva tanto tiempo sufriendo por mí, sin esperanza, se ha enamorado usted de ella como un rayo... ¡dígalo usted!

ALFONSO

Como vencido por la fatalidad y en voz muy baja.

¡Y si así fuera..!

CECILIA

¡No puedo más!

Se levanta del sofá, y medio muerta de angustia, sale por una de las puertas laterales.

MERCEDES

Mirando á la puerta por donde ha salido CECILIA.

¡Pobre chiquilla mía! ¡Hable usted ahora! ¿Qué iba usted á decir para justificarse cuando ella no estuviese delante?

ALFONSO

Sonriendo.

Es usted demasiado inteligente para no comprenderlo. Señora mía, la vida tiene compensaciones tan admirables como inesperadas. Usted no me ha querido; su hija de usted me quiere, ¡eso es todo!

MERCEDES

Y usted la quiere á ella, ¿verdad?

ALFONSO

Con cinismo.

Eso es lo de menos... y además, con permiso de usted, es solo cuenta mía.

MERCEDES

¡Salga usted ahora mismo, salga usted de esta casa, y no vuelva usted en su vida; ¿lo ha oído usted? en su vida, á pasar esa puerta!

ALFONSO

Con toda calma y mala intención.

Hasta que alguien me llame.

MERCEDES

¡Ah! ¿Usted cree?

ALFONSO

O me venga á buscar.

MERCEDES

¡A usted!

ALFONSO

De poco servirá que yo me vaya si queda alguien aquí que desea que vuelva... y lo desearán, y volveré, y sucederá lo que ha de suceder,., ¡sí señora!

MERCEDES

¡Afortunadamente, no está mi hija tan indefensa como usted se figura!

ALFONSO

¡Ya! ¡Piensa usted advertir á su marido!

MERCEDES

¡No, por cierto! Mía ha sido la culpa, mío será el remedio! Para defender á mi hija contra usted, me basto yo y me sobro.

ALFONSO

Con afectación de piedad.

¡Es usted una mujer...!

MERCEDES

Y usted un miserable. Pero basta de palabras inútiles. ¡Salga usted de aquí inmediatamente!

Llama al timbre.

ALFONSO

¡No sabe usted lo que hace!

MERCEDES

Es posible; ¡pero estoy en mi casa, y hago lo que mejor me parece!

Al criado.

Abra usted la puerta á este caballero.

ALFONSO

Buenos días, Mercedes.

MERCEDES

Secamente

Buenos días.

ALFONSO

Acercándose á ella con aire amable.

¿No teme usted que Cecilia pueda interpretar de un modo... acaso desfavorable el afán de usted por alejarme de ella?

MERCEDES

¡Eh!

ALFONSO

Sabiendo, porque usted se lo ha dicho, que yo me he permitido hablarle á usted de amor, bien pudiera pensar... y acaso otros con ella, que la espléndida madurez de la madre sintió celos de la florida juventud de la hija.

MERCEDES hace un gesto de espanto.

Es posible... En fin, eso... allá ustedes... Siempre á sus órdenes y hasta la vista.

Se inclina y sale.

MERCEDES

Después que ha salido.

¡Ah, infame, infame!

MERCEDES se queda un instante sola. Toda su energía se convierte en angustia y se echa á llorar nerviosamente. Pasado un momento, se acuerda de su hija, hace un esfuerzo por tranquilizarse y se dirige hacia la puerta por donde ha salido CECILIA. Cuando va á salir, entra SANTIAGO, que se dirige á ella con cierta violencia.

¡Ah, Cecilia!

Va á salir.

SANTIAGO

Entrando.

Mercedes.

MERCEDES

Queriendo pasar.

Déjame.

SANTIAGO

¿Dónde vas?

MERCEDES

A buscar á mi hija. Déjame.

SANTIAGO

Espera.

MERCEDES

Te digo que no puedo.

SANTIAGO

Es preciso que me oigas. Ha llegado el momento de que haya entre nosotros una explicación definitiva.

MERCEDES

Que como está muy angustiada por lo que acaba de sucederle, no se da mucha cuenta del tono en que le habla su marido, ni de lo que le está diciendo.

¿Qué dices?

SANTIAGO

¿Has visto á tu padre hoy por la mañana?

MERCEDES

No: ¿por qué?

SANTIAGO

¿Y á José María?

MERCEDES

A José María... Recordando y turbándose. no... tampoco... ¿qué pasa?

SANTIAGO

Pasa, como no podía menos de pasar, que me he enterado de la villanía que has obligado á cometer á tu hijo.

MERCEDES

Ofendida.

¡Villanía!

SANTIAGO

¿Te asusta la palabra? En cambio el hecho te ha parecido la cosa más natural del mundo. ¡Lógica de mujer! Sí, la villanía, la deslealtad, el abuso de confianza... todo para ocultar una necedad tuya, uno de tus caprichos de mujer frívola y sin sentido.

MERCEDES

Protestando, pero con humildad.

Santiago, mira lo que estás diciendo...

SANTIAGO

La verdad. No te alteres, que termino pronto. He dicho que necesitábamos una explicación. No es cierto. ¿A qué gastar palabras inútiles? Como siempre, no habíamos de entendernos; como siempre, tú habías de acabar llorando y yo dejándome vencer por tus lágrimas. Basta con que sepas que he tomado una resolución.

MERCEDES

¿Una resolución?

SANTIAGO

No quiero que tus hijos vivan ni un día más á tu lado.

MERCEDES

¿Eh?

SANTIAGO

Sólo yo, que sé cómo te quiero, puedo saber también lo que me duele; pero no hay remedio. Tus hijos te quieren demasiado...

MERCEDES

¿Hacen mal?

SANTIAGO

Hacen bien; pero por lo mismo que te quieren así, tu influencia sobre ellos puede ser un peligro demasiado grave.

MERCEDES

Con dolor.

¡No digas eso!

SANTIAGO

¡Ya ves cómo la has empleado á la primera ocasión!

MERCEDES

Santiago...

SANTIAGO

Yo quiero que mis hijos entiendan la dignidad humana, la honradez, la lealtad, como las ha entendido siempre su padre. ¡Tú, por lo visto, tienes una idea muy distinta de todas estas cosas!

MERCEDES

Con dignidad.

Me estás ofendiendo más de lo que merezco.

SANTIAGO

Yo he sido cobarde: por el amor desatinado y necio que te he tenido siempre, he faltado á todos mis deberes con mis hijos. Por evitarte á ti cuidados y preocupaciones, he renunciado al gozo de tenerlos cerca, y no más, no más... ¡Son mis hijos, y quiero vivir con ellos y únicamente para ellos!

MERCEDES

Es decir...

SANTIAGO

Es decir, que desde hoy en adelante, vivirán conmigo, ¡sólo conmigo!

MERCEDES

Con amargura.

¿Y yo?

SANTIAGO

Tú vivirás sin ellos, como has vivido hasta ahora.

MERCEDES

¡Sin ellos!

SANTIAGO

Con tu padre.

MERCEDES

Con dulzura.

¿Y tú crees que tienes derecho á apartarlos de mí?

SANTIAGO

¡Tengo el deber de defenderlos contra tí!

MERCEDES

Con amargura.

¡El deber... el deber!

SANTIAGO

¡El deber! Tampoco lo comprendes, ¿verdad?

MERCEDES

Después de una ligera pausa, empieza á hablar como si hablara consigo misma, primero con tristeza y resignación, pero poco á poco se va exaltando hasta llegar á una explosión de amargura rebelde y de dignidad herida.

Sí... es posible que tengas razón... pero con todo eso, y aunque fuera más grave de lo que tú crees, yo no puedo apartarme de mis hijos, tú no tienes derecho á separarme de ellos, porque me necesitan.

Él hace un gesto de incredulidad.

¡Sí, á mí, tan poca cosa, tan irresponsable, tan loca según tú! Hay peligros que tú ni sospechas porque eres hombre, y de los cuales yo sabré defenderlos á costa de mi vida. Son hijos tuyos, pero yo soy su madre; son tu orgullo, pero son sangre mía; tú quieres que tu hijo sea hombre de honor, yo necesito que mi hija sea mujer honrada y además feliz.

SANTIAGO

¿Por qué dices eso?

MERCEDES

Exaltándose y conteniendo las lágrimas.

Y aunque ellos no necesitaran de mí, ¿quien te dice que yo no necesite de ellos? ¿Y mi derecho, no es tan respetable como el de los demás? ¡Mi pobre derecho de mujer, siempre pisoteado por los que dicen que me quieren tanto!

SANTIAGO

¿Ahora vas á quejarte de mí?

MERCEDES

Alguna vez ha de ser la primera.

SANTIAGO

¡Tú dirás qué he debido yo hacer por tí, y no he hecho!

MERCEDES

Es muy fácil hablar de deberes ajenos; puede que todos hayamos faltado por igual á los nuestros. Tú dices que soy loca, que soy así... ¿Por qué tú, que tenías el secreto de la perfección, no me has enseñado á ser de otra manera? Dices que por mi amor has sido cobarde... que por evitarme cuidados alejaste de casa á nuestros hijos... ¡Es falso! Me los quitaste porque pensaste siempre, desde luego, porque decidiste, en tu orgullo de hombre, que yo no era capaz de cumplir mis deberes, ¡y eso habría que haberlo visto! Temiste que fueran para mí un juguete, las muñecas que, por no tener madre desde niña, no he tenido nunca... Acaso hiciste mal. ¡Jugando á las muñecas aprenden á ser madres las mujeres!

SANTIAGO

Con un poco de asombro ante la desacostumbrada exaltación de ella.

Mercedes...

MERCEDES

Mujer... eso es lo que yo no he sido nunca para tí; tu mujer. Yo sí que he sido tu juguete, tu distracción, el animalejo bonito al que se acaricia y se riñe. No he pensado nunca. ¿Acaso me has dejado tú que piense? ¿Qué falta te hacía, verdad? El hombre piensa solo, decide solo, se basta á sí mismo, es el amo, es el rey... la mujer á sus trapos y á sus risas... ¡Ah, me has querido mucho, pero me has despreciado mucho más! No he tenido juicio... tampoco me has dejado responsabilidad. ¿Acaso me pediste parecer para entregar á mis hijos en manos ajenas? Tú te sacrificaste por tu voluntad; pero á mí me impusiste el sacrificio. Ya lloré cuando se los llevaron .. luego me consolé, porque á tí no te gusta ver lágrimas... luego me acostumbre á vivir sin ellos... Toda mi vida he sentido un vacío tan extraño en el corazón... el que intentaba inútilmente llenar á fuerza de frivolidades... ¡Era que me faltaban ellos y yo no lo sabía! Pero ahora lo sé. He aprendido en una hora más grave de lo que tú puedes pensar, todos mis deberes y todos mis derechos. Estoy en mi casa,

estoy en mi puesto. ¡Ni tú ni nadie es capaz de quitarme lo que es mío!

Hace un violentísimo esfuerzo para no llorar.

SANTIAGO

¡Nunca te he oído hablar así!

MERCEDES

Con resignación.

Es verdad. Nunca. ¿Te asombra que discurra con sentido común? Hijo, hasta á discurrir se aprende en una hora, cuando el alma despierta. ¡Si vieras qué á destiempo has venido á echarme en cara mi frivolidad! ¡Si supieras á qué poca cosa me han sonado aquí dentro todos tus alaridos de indignación! Y es porque antes que tú, en voz muy baja, con todo respeto, me había enseñado mi propio corazón todo lo que necesitaba saber. Para comprender mi dignidad de madre me ha bastado ver llorar á mi hija.

SANTIAGO

¿A Cecilia?

MERCEDES

Sí; á Cecilia, que lloraba de amor, de desengaño, de soledad; á mi hija, ante cuya angustia tú has estado tan ciego como yo, y á quien sólo mi corazón de madre puede defender contra sí misma.

SANTIAGO

Con alarma.

Pero... ¿qué pasa? ¿Qué ha ocurrido? Dime...

MERCEDES

Con serenidad.

Nada: un amor estúpido que hay que quitarle de la cabeza. Tontunas de chiquilla, pero que á ella le parecen un mundo y le hacen sufrir, como sólo se sufre á su edad. A su lado es donde ahora está mi deber. Hay conflictos un poco más graves, créeme, que una ligereza económica... De todas maneras, reconozco mi culpa en esa historia de José María Con esfuerzo y te pido perdón. Restitución Sonriendo entre lágrimas no puedo ofrecerte. Pobre vine á tu casa y pobre sigo en ella...

SANTIAGO

Ofendido.

¿Por qué dices eso?

MERCEDES

Por nada... Era una broma...

SANTIAGO

¡No, no..., habla!

MERCEDES

Con cariño.

Si te empeñas...; pero es lo único que no me importa. Digo que pobre he sido y pobre soy, porque, aunque vivo en una casa cómoda, y gasto como gastan los pobres, sin contar, nunca he sabido de verdad, de verdad, si somos ricos ó dejamos de serlo. Tú has pagado mis cuentas siempre, me has reñido por ellas casi siempre; pero el secreto de tu libro de caja ha sido inviolablemente tuyo. La verdad, no había pensado nunca en ello; pero ahora que estoy en vena de pensar, se me ocurre: si desde el primer día hubiésemos llevado la contabilidad á medias, puede que á mi también me hubiera dado por la economía. ¿No te parece?

SANTIAGO

Un poco turbado.

Mercedes...

MERCEDES

Con emoción y dulzura.

¡Acaso has hecho mal en tenerme tan cerca del corazón y no haberme dejado entrar en tu vida más que de visita!

Pausa, después de la cual, SANTIAGO habla con amargura, como recriminándose.

SANTIAGO

Es verdad... Todos tenemos culpa de todo. Nos creemos infalibles, y somos inconscientes. Nuestra rectitud ajustada á reglas, es comodidad; nuestra inflexibilidad moral, orgullo... Es verdad; *Mirándola con remordimiento.* he tenido tres hijos, y á los tres os he dejado solos, por pereza culpable, por egoísmo, por soberbia de hombre que trabaja solo, que lucha solo, que quiere ser el único en comprender y en afirmar.

Con amargura excesiva.

Tienes razón. He sido un necio, y bien merecido me tengo el mal que me sucede.

MERCEDES

Con cariño y autoridad casi maternal en su suavidad.

No te sucede ningún mal. Tienes á tus hijos que

te adoran, que creen en ti como en Dios... me tienes á mí. ¿Que ni ellos ni yo somos perfectos, como tú quisieras? Pero te queremos y nos queremos, y, apoyados unos en otros, iremos por la vida, como todo el mundo, cayendo y levantándonos... ¡pero felices, porque el que caiga, siempre encontrará brazos que le recojan y amor que le sepa compadecer!

SANTIAGO

Acercándose á ella con la turbación natural de un hombre orgulloso á quien le duele verse en el caso de pedir perdón.

Perdóname...

MERCEDES

Comprendiendo y perdonando con gracia y misericordia.

¡Bah, no me has ofendido!

Le abraza.

Las cabezas locas no tenemos orgullo.

SANTIAGO

Emocionadísimo.

¡Eres la mujer más buena del mundo!

MERCEDES

Sonriendo.

Ya me lo dirás luego. Ahora voy con mi hija. Déjame.

SANTIAGO se dispone á seguirla.

No, no vengas... Estará llorando...; delante de ella no debes saber nada. Estas penitas negras no se le cuentan más que á la mamá, Sonriendo. porque es mujer, y los hombres no entienden de locuras.

Viendo á JOSÉ MARÍA que acaba de entrar.

¡Ah!... José María...

Se detiene con turbación y mira fijamente á su marido.

JOSÉ MARÍA

También muy turbado, mirando primero á su madre y luego á SANTIAGO con interrogación angustiosa.

¿Papá?...

SANTIAGO

Con emoción que intenta dominar.

Anda con tu madre...

JOSÉ MARÍA

Acercándose á MERCEDES.

Mamá..., ¡perdóname!

MERCEDES

¡Hijo de mi vida!

Le abraza estrechamente, como si tomase posesión de él con su todo apasionamiento y toda su dignidad de madre.

TELÓN

EL ENAMORADO

PASO DE COMEDIA

PERSONAJES

EL ENAMORADO
LA REINA
LA DAMA

Saloncito en un palacio real. Elegancia suma con apariencias de sencillez. Al levantarse el telón, la escena está sola, y se oyen fuera gritos como si hubiera sucedido un accidente. Después, ruidos diversos y confusión. Pasado un momento entran la REINA y una DAMA. La REINA, hermosa mujer, muy elegante. Tiene muy cerca de cuarenta años, y en el pelo, muy negro, casi sobre la frente, un mechón blanco que no intenta ocultar con artificio alguno de peinado. Viene vestida como para una fiesta oficial, de toda gala y con manto de corte. La DAMA tiene unos sesenta años, y es más bien fea. También viene vestida de gran gala.

REINA

Apartándose de la DAMA, que quiere sostenerla.

Deja, si no es nada, si estoy perfectamente.

DAMA

¿De veras no se ha causado Vuestra Majestad ningún daño?

REINA

De veras, no.

DAMA

Pero la conmoción, el susto... siéntese Vuestra Majestad.

Ayudándole á quitarse el manto de corte.

Descanse Vuestra Majestad. Beba siquiera un vaso de agua de azahar.

REINA

Sentándose en un sillón.

Vaya por el agua... pero sin azahar... (la dama va á tomar el agua de una mesita), no, ni azúcar: como Dios la ha hecho.

DAMA

Repare Vuestra Majestad en que está muy fría, y Vuestra Majestad está sofocada...

REINA

Tomando el vaso de manos de la Dama.

Trae, trae. ¿Estás temblando?

DAMA

¡Ay, señora, no sabe Vuestra Majestad qué susto fué el mío, el de todos, al ver encabritarse los caballos del coche... figúrese Vuestra Majestad... aquel bote... la carroza hecha añicos... Vuestra Majestad por los suelos..!

REINA

Sonriendo.

Afortunadamente hubo quien me impidiese caer tan bajo. Fortuna ha sido que ese caballero (riendo) mi caballero andante, haya estado tan cerca

DAMA

Con mal humor.

Sí... ciertamente.

REINA

Mirándola.

¡Ja, ja, ja! ¡Qué cara pones! Habrá que darle una gran cruz.

DAMA

Señora...

REINA

De verdad, de verdad, ¿qué estás pensando?

DAMA

Señora, que ese hombre es un impertinente... no se disguste Vuestra Majestad... y de una incorrección que espanta. ¡Tomar en brazos á Vuestra Majestad con aquella osadía!

REINA

¿Hubieses preferido que, por no faltar á la etiqueta, me hubiese dejado romperme la cabeza bonitamente? ¡Bah! No todos los días se da una mujer, por muy reina que sea, la emoción de estar en peligro de muerte y salvarse en los brazos de un galán...

DAMA

Vuestra Majestad se burla de mí.

REINA

Un poco, pero sin malicia. ¡Pobre hombre! Habla, habla mal de él si tanto lo deseas.

DAMA

Señora, no es hablar mal decir que es incorrecto é impertinente el que ese hombre siga á Vuestra Majestad á todas partes.

REINA

Riéndose.

¡Como una sombra!

DAMA

Como un mal educado; burlando toda consigna, atropellando toda etiqueta. No sale Vuestra Majestad una sola vez de palacio sin que él esté en la acera de enfrente; no hay iglesia, paseo, teatro, festejo público donde no se encuentre él en primera fila, y á veces más acá de la primera fila... hoy, por ejemplo.

REINA

Afortunadamente para mí.

DAMA

Permítame Vuestra Majestad afirmarle que no hubiera faltado un leal servidor para precipitarse en auxilio de Vuestra Majestad.

REINA

Bondadosamente.

Sí, sí, ya he visto, cuando se encabritaron los caballos, echar á correr casi á media docena de duques; pero entre la etiqueta, que les tenía á respetable distancia, y el reúma, que no les dejaba correr, ha estado en gran peligro (riéndose) la seguridad de mi augusta persona, y, lo repito, ¡si no llega á estar él...!

DAMA

Ridículamente escondido detrás de una zarza, como un enamorado de opereta.

REINA

El amor no elige lugares, y la opereta hace muy mal en ridiculizar á los enamorados que se esconden. Además, la que tú crees zarza, no era sino laurel, y más verde que el mismo cantado por Petrarca... Hojas se me han quedado en el vestido.

Reuniendo dos ó tres.

Casi podemos hacer una corona para mi enamorado salvador.

DAMA

¿Vuestra Majestad cree en el amor de ese hombre?

REINA

¿Tú no?

DAMA

Es un mentecato, un loco, y hasta quién sabe si algo peor.

REINA

¿Un anarquista? Torpe en todo caso, puesto que en casi veinte años que lleva de seguirme tan de cerca, no ha encontrado ocasión de...

DAMA

Con terror.

¡Señora!

REINA

Riéndose.

De faltarme al respeto.

DAMA

¿A Vuestra Majestad le parece escasa falta de respeto esta inaudita persecución?

REINA

¿Y dónde está? ¿Qué se ha hecho de él?

DAMA

Lo han detenido.

REINA

¡Cómo! ¿Por qué?

DAMA

Por haberse introducido furtivamente en los jardines del palacio real.

REINA

Para salvar la vida á su Reina. ¡El fin justifica los medios!

DAMA

Señora: ese hombre no podía saber con anticipación que la carroza de Vuestra Majestad iba á

volcar precisamente dentro de los jardines de palacio.

REINA

¿Tú no crees en las corazonadas?

DAMA

Señora, ya soy vieja.

REINA

Con un poco de melancolía.

Para eso yo también.

DAMA

Señora, Vuestra Majestad...

REINA

Calla, calla. De sobra sabemos tú y yo, y el mundo entero, la edad que tengo. Las reinas no tenemos el consuelo de quitarnos los años.

Cogiendo un espejito de mano y mirándose con atención.

¡Qué espanto! ¿eh?

DAMA

Vuestra Majestad es un prodigio de juventud.

REINA

¡Por lo mismo! Un prodigio no puede durar mucho. Cada vez que me miro al espejo me horrorizo pensando en las arrugas que he de tener dentro de muy poco... me las sé de memoria antes de que lleguen.

Señalándose los ojos y la boca.

Aquí donde se marcan cuando me río. ¡Con qué tranquilidad se ríe una mujer á los veinte años!

Dejando el espejo.

Ahora, para reirme, escondo la cara con el abanico... En cuanto cumpla los cuarenta, mandaré que en el palacio se rompan todos los espejos.

Recitando con sencillez.

«Cuando cuarenta inviernos pongan sitio á tu frente—así dice un soneto de Shakespeare,—cuando cuarenta inviernos pongan sitio á tu frente, y caven hondos surcos en el campo de tu belleza, la orgullosa gala de tu juventud, que ahora tantos contemplan, será ropa hecha andrajos y sin valor ninguno. Y si alguien te pregunta: ¿Dónde está tu hermosura? ¿dónde yace el tesoro de tus días

lozanos? será vergüenza é inútil orgullo responder: Dentro de estos ojos hundidos. ¡Cuánta más alabanza mereciera el empleo de tu belleza si pudieras decir: Este dulce hijo mío es saldo de mi cuenta y disculpa de mi vejez! ¡Y fuese su belleza herencia de la tuya! Esto fuera renacer siendo vieja, y encenderse tu sangre al sentirla ya fría...»

Suspirando.

¡Si yo tuviera un hijo!

DAMA

Señora (con alarma cariñosa) no piense en eso Vuestra Majestad...

REINA

Tienes razón. ¡Bah!

Sonriendo otra vez.

¿Será poeta ese hombre?

DAMA

¿Por qué ha de ser poeta?

REINA

¿Por qué no ha de serlo? En fin, pronto saldremos de dudas.

DAMA

¿Cómo?

REINA

Preguntándoselo y oyéndole hablar.

DAMA

Es que Vuestra Majestad tiene intención...

REINA

De verle.

DAMA

Señora; es un desconocido.

REINA

Con eso le conoceré... y le daré las gracias.

DAMA

El Gobierno de Vuestra Majestad se encargará de dárselas por oficio.

REINA

Él me ha salvado... personalmente. Personalmente le quiero agradecer. Dí que le hagan entrar...

DAMA

Señora...

REINA

¿Qué esperas?

DAMA

¿No hay remedio?

REINA

No le hay, ni hace falta, porque tampoco hay daño. ¡Ah!, que entre solo.

DAMA

Como Vuestra Majestad disponga.

Sale.

La REINA coge el espejito y se vuelve á mirar; por instinto de mujer se arregla un poco el pelo; luego se ríe de sí misma, y le vuelve á dejar.

¡Cuando cuarenta inviernos pongan sitio á tu frente.. !

Aparecen en la puerta la DAMA y el salvador. Cuarenta años; ni bien ni mal vestido, con traje negro de americana; barba en punta, y pelo un poco largo que empieza á blanquear; entra muy turbado; la DAMA se retira.

ENAMORADO

Señora...

REINA

Pase, pase usted.

ENAMORADO

Adelantando un paso y haciendo una reverencia.

Señora...

REINA

Acérquese.

ENAMORADO

Señora. .

REINA

Le he hecho entrar aquí para darle las gracias.

ENAMORADO

No las merece, Vuestra Majestad mande.

REINA

Ha sido una feliz casualidad el que usted se encontrase tan cerca.

ENAMORADO

Sí, señora, sí...

REINA

Y le estoy á usted agradecidísima.

ENAMORADO

No, señora, no...

REINA

Sí, señor, sí...

ENAMORADO

Como Vuestra Majestad guste.

REINA

Pero, ¿cómo ha podido usted entrar en los jardines?

ENAMORADO

Sencillísimamente.

REINA

¡A pesar de mi guardia!

ENAMORADO

Señora, la guardia no tiene la culpa. He saltado la tapia por el lado del fortín.

REINA

¡En pleno día!

ENAMORADO

No, señora: ayer por la noche... no se asombre Vuestra Majestad.

REINA

Pero por allí está muy alta y se ha expuesto usted á matarse.

ENAMORADO

No, señora; ya tengo costumbre.

REINA

¡Costumbre!

ENAMORADO

Sí, señora: de todos los sábados; como el domingo no se abre la fábrica, no hay que madrugar, y puedo dormir luego.

REINA

¡Y pasa usted toda la noche al raso... en el jardín...!

ENAMORADO

Ahora en verano está muy agradable.

REINA

¿Es decir que en invierno...?

ENAMORADO

También; sí, señora (ella hace un gesto de espanto); pero cuando hiela, me refugio en la casa del orangután,

que tiene Vuestra Majestad al otro lado del parterre... no se asuste Vuestra Majestad... somos muy amigos... le gustan á morir las castañas asadas y las pastillas de café con leche... así es que no hay cuidado.

REINA

¡Jesús, Ave María! ¿Está usted loco?

ENAMORADO

No, señora, no.

REINA

Pero, desdichado; ¿qué saca usted de estar á la intemperie, ó en esa compañía... lamentable?

ENAMORADO

Señora... verdaderamente... no sé si debo atreverme á decirlo.

REINA

¡Sí, sí!

ENAMORADO

Vuestra Majestad todas las noches, antes de recogerse, y todas las mañanas, en cuanto se levan-

ta, acostumbra á salir á la terraza, sobre la cual abren sus habitaciones particulares. Por las noches Vuestra Majestad mira al cielo; por las mañanas da de comer á unas cuantas palomas.

REINA

Es cierto. ¡Pobres animalitos! Me entretengo en echarles unos cuantos puñados...

ENAMORADO

Interrumpiendo.

¡De maíz!

REINA

¿Cómo lo sabe usted?

ENAMORADO

Siempre cae algún grano fuera de la terraza.

REINA

¿Y usted los recoge?

ENAMORADO

Sí, señora... cuando puedo, que es bien pocas veces, porque, como barren la senda del jardin, cuando llega la noche ya no suelen estar.

REINA

¿Y los guarda usted?

ENAMORADO

Sí, señora, tengo todo un museo de reliquias: los granos de maíz, una pluma que un día en que Vuestra Majestad paseaba en coche le arrancó el viento del sombrero, un rabito de piel de esos del boa, que el Carnaval pasado se le quedó enganchado á Vuestra Majestad en la barandilla de una tribuna; una moneda que arrojó Vuestra Majestad desde el coche á un chiquillo que pedía limosna; una horquilla de concha que cayó una mañana al jardín al mismo tiempo que los granos de maíz; un par de guantes y otro de escarpines que compré á la doncella de una azafata..., qué sé yo..., como digo á Vuestra Majestad, un verdadero museo. ¡Un inglés me ha ofrecido por él mil libras esterlinas!

REINA

Con interés.

¿Y usted?

ENAMORADO

¡Señora, el corazón no se vende!

REINA

¿Es usted rico?

ENAMORADO

No, señora... lo fuí... es decir, tanto como rico... un buen pasar... en fin, ahora soy pobre...

REINA

¿Se ha arruinado usted?

ENAMORADO

Sí, señora, pero no hablemos de eso, que no tiene importancia para Vuestra Majestad.

REINA

Al contrario, me interesa muchísimo saber... si no es indiscreción...

ENAMORADO

¿En qué me he gastado la fortuna? No, señora, no es indiscreción, y, aunque lo fuera, viniendo de Vuestra Majestad... Pues me la he gastado en billetes de ferrocarril. en pasajes de barco y en cuartos de fonda. ¡Vuestra Majestad ha viajado tanto!

REINA

¡Por seguirme á mí!

Él afirma con la cabeza.

¡Eso no puede ser!

ENAMORADO

Sí, señora, sí; los viajes cuestan un sentido. Y mientras no se sale de Europa, menos mal; pero como Vuestra Majestad ha hecho una excursión á la India, otra á la Exposición de Chicago, y una peregrinación á los Santos Lugares...

REINA

¿Hasta la India me ha seguido usted?

ENAMORADO

Sí, señora. Vuestra Majestad recordará que aquel viaje fué por motivos de salud... ahora lo

que puede que Vuestra Majestad ignore, es que los médicos dijeron que aquel cambio de clima era cuestión de vida ó muerte. Vuestra Majestad sanó á Dios gracias, pero pudo morir en el camino... Vuestra Majestad comprenderá que en esas circunstancias yo no podía quedarme en Europa.

REINA

¡No es posible!

ENAMORADO

Ingenuamente.

¿Verdad?

REINA

Pero es que yo no puedo consentir que usted haya perdido su fortuna... por eso.

ENAMORADO

No se preocupe Vuestra Majestad, que no era un Potosí precisamente... unos miles de duros... La fábrica que he tenido el honor de mencionar á Vuestra Majestad... sí, señora... de quesos y mantecas... «La Sin Rival», proveedora de Vuestra Majestad, sí, señora... era mía... ahora tiene otro dueño... eso es todo.

REINA

¿Y usted?...

ENAMORADO

Yo trabajo en ella como ayudante del cajero... para poner en limpio la contabilidad.

REINA

Pero eso debe dar muy poco...

ENAMORADO

Pchs... no da mucho... es un empleo humilde. ¡Yo sirvo para mucho más que eso, créalo Vuestra Majestad! Pudiera ser, ya que no dueño, gerente ó director de la fábrica, pero...

REINA

¿Pero?...

ENAMORADO

Pero... no se ofenda Vuestra Majestad... yo necesito tener el día libre... porque... en fin... y he elegido este empleo que me da lo bastante para vivir, y (mirándose el traje) presentarme decorosamen-

te, porque no me ocupa más que dos horas: de nueve y media á once y media. Precisamente las que Vuestra Majestad emplea, de ordinario, en despachar con sus ministros. Vuestra Majestad comprende...

REINA

Riéndose.

Sí; que á la misma hora estamos los dos en la oficina.

ENAMORADO

No, señora, no. Vuestra Majestad ha interpretado mal mi pensamiento. Yo nunca me he atrevido á pensar... Es, sencillamente. que durante ese tiempo puedo yo trabajar con tranquilidad, porque estoy seguro de que Vuestra Majestad no sale á la calle.

REINA

¡Bendito sea Dios! ¿Y piensa usted seguir mucho tiempo esta vida?

ENAMORADO

Señora: mientras pueda, y Vuestra Majestad no disponga otra cosa. ¿Vuestra Majestad no se ofende por esto que le digo?

REINA

Ofenderme, no. Pero... ¡debe usted ser muy desdichado!

ENAMORADO

Eso, no, señora: soy feliz, muy feliz; es decir, ahora no tanto, porque cuando Vuestra Majestad sale de la corte, no siempre puedo salir yo. ¡Pícaro dinero! Suerte que Vuestra Majestad ahora viaja menos. En fin, todo no ha de salir á medida del gusto. Y qué le va uno á pedir al destino. Yo, señora, con lo de esta mañana, estoy pagado de todo lo que me haya tocado sufrir en esta vida. No puede figurarse Vuestra Majestad la alegría que tengo por haber podido... es decir, no vaya á figurarse Vuestra Majestad que me alegro de que le haya ocurrido este accidente... Más que con la vida hubiera yo querido evitar... Vuestra Majestad me comprende...

REINA

Sí, sí. Tranquilícese usted. Yo también celebro que haya usted sido el que...

ENAMORADO

Señora...

REINA

Porque... le conocía á usted de antiguo. ¡Le he visto tantas veces!

ENAMORADO

¡Vuestra Majestad había reparado en mí!

REINA

¡Naturalmente!

ENAMORADO

Vuestra Majestad pensaría que yo era fotógrafo de algún periódico.

REINA

No, por cierto; pensaba que era usted... poeta.

ENAMORADO

No, señora, no.

REINA

¿Nunca ha escrito usted versos?

ENAMORADO

Desolado.

¿A Vuestra Majestad le gustan los versos?

REINA

Mucho, sí.

ENAMORADO

¡Válgame Dios! No, señora, nunca.

Con iluminación.

Pero sé casi de memoria todos los que publican los periódicos en honor de Vuestra Majestad con motivo de sus cumpleaños, victorias, obras de caridad, etc., etc... Vuestra Majestad los sabrá también.

REINA

Esos precisamente, no.

Sonriendo.

ENAMORADO

¡Válgame Dios!

REINA

No se preocupe usted por eso. Sin escribir versos puede uno ser poeta.

ENAMORADO

¿Vuestra Majestad cree?

REINA

Naturalmente. Los versos se hacen ó se viven, y en (turbándose un poco) la abnegación de uno mismo, en la ilusión, en el sacrificio de la vida á un ideal, á un imposible, hay también poesía de la buena, de la real, ¿verdad?

ENAMORADO

Sin comprender.

Sí, señora, sí... por supuesto... cuando Vuestra Majestad lo dice...

REINA

Usted es un gran poeta de la realidad.

ENAMORADO

Si Vuestra Majestad se empeña...

REINA

Y por eso... yo... en recuerdo de este día, de esta ocasión, que también para mí es excepcional, quisiera darle á usted un recuerdo para aumentar esa colección que usted dice que tiene, y no sé... porque verdaderamente la delicadeza de usted, sus sacrificios, en fin..., si usted quisiera aceptar de mí esta memoria...

Quiere darle una joya que lleva prendida en el pecho.

ENAMORADO

No, no, señora, de ninguna manera... ¡esa joya, no!

REINA

¿Por qué?

ENAMORADO

Porque una joya es... una joya; quiero decir que tiene valor intrínseco, y... ¡no, señora, no!

REINA

Por Dios: usted no se figura que intento ofenderle...

ENAMORADO

No, señora, si no es eso tampoco... es... capricho. Si Vuestra Majestad se digna darme un recuerdo personal de este día...

REINA

Desde luego...

ENAMORADO

Deme Vuestra Majestad ese espejito... después de haberse mirado en él.

La reina se mira y se lo entrega.

Eso es..., tantísimas gracias... ¿Vuestra Majestad me permite que le bese la mano?

Se la besa.

Gracias, gracias, señora; créame Vuestra Majestad (con emoción) ¡hoy es el día más feliz de mi vida!

REINA

Yo también le quedo muy agradecida, y le pido un favor. Si alguna vez necesita usted algo, en fin, alguna cosa en que pueda servirle mi influen-

cia, me dará usted un gran placer acudiendo á ella.

ENAMORADO

Con gana de pedir.

Señora...

REINA

Y ahora mismo... De veras, ¿no desea usted nada?

ENAMORADO

Señora... ya que Vuestra Majestad es tan amable..., si Vuestra Majestad se dignara interponer su influencia cerca del Ministro de Obras públicas para que me conceda un pase de libre circulación en los ferrocarriles del reino...

REINA

Desde luego... ¡No faltaba otra cosa! ¿Cómo se llama usted?

ENAMORADO

Matías, señora... Matías Gutiérrez y Fernández, para lo que Vuestra Majestad guste mandar...

REINA

Repitiendo para fijar la idea.

Matías Gutiérrez y Fernández... Lo tendrá usted esta misma tarde. Puede usted retirarse cuando guste (llama á una campanilla de plata) y tantísimas gracias otra vez.

A la Dama, que se presenta.

Que acompañen á este caballero y que tomen nota de su dirección.

Se inclina para despedirle.

ENAMORADO

Señora...

Se inclina profundamente y va á salir; ya en la puerta se vuelve.

No hace falta que sea de primera.

Sale.

REINA

Paseando desconcertada, sin saber si reir ó llorar.

¡Ay, Dios mío! Matías Gutiérrez y Fernández..! ¡Ay, Dios mío!

A la Dama, que entra.

¿Ya se marchó?

DAMA

Sí, señora. Pero, ¿qué le ocurre á Vuestra Majestad? ¿Ese hombre ha cometido alguna inconveniencia?

REINA

No, no; al contrario. ¡Pobre infeliz!

DAMA

¿Es poeta?

REINA

¿Poeta? no... es decir, sí... á su modo... Figúrate... no te figures nada!... ¡Dios mío, este pobre hombre me ha dado la vida, porque para él la fábrica de quesos era la vida, sí! Pero hace cuatro siglos se hubiera batido por mis colores, hubiera conquistado un reino para mí, hubiera descubierto un mundo para dármelo, y ahora, ahora... por verme echar maíz á unas palomas, duerme con el orangután! ¡Y se llama Matías Gutiérrez! ¡Matías Gutiérrez, el enamorado! Señor, razón tiene el poeta: ¡Hemos venido demasiado tarde á un mundo demasiado viejo!

TELÓN

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

G. MARTÍNEZ SIERRA

VIDA Y DULZURA.—Comedia en tres actos. En colaboración con Santiago Rusiñol. (Teatro de la Comedia).

LA SOMBRA DEL PADRE.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara).

HECHIZO DE AMOR. — Comedia de polichinelas en un acto y dos cuadros. (Teatro Cervantes).

EL AMA DE LA CASA. — Comedia en dos actos. (Teatro Lara).

CANCIÓN DE CUNA. — Comedia en dos actos. (Teatro Lara).

PRIMAVERA EN OTOÑO.—Comedia en tres actos. (Teatro de la Princesa).

EL PALACIO TRISTE. — Cuento fantástico en un acto (Teatro de la Princesa).

LA SUERTE DE ISABELITA. — Zarzuela en un acto y cinco cuadros, música de Giménez y Calleja (Teatro de Apolo).

LIRIO ENTRE ESPINAS.—Comedia en un acto. (Teatro de Apolo).

LA FAMILIA REAL.—Zarzuela en dos actos y cinco cuadros, música de los maestros Giménez y Calleja (Teatro de Apolo).

EL POBRECITO JUAN.—Comedia en un acto. (Teatro Lara).

TRADUCCIONES Y ARREGLOS

EL ENFERMO CRÓNICO.—Comedia en un acto de Santiago Rusiñol. (Teatro Lara).

BUENA GENTE.—Comedia en cuatro actos de S. Rusiñol. (Teatro de la Comedia).

LA MENTIRA PIADOSA.— Comedia en tres actos de Francis de Croisset. (Teatro de la Comedia).

LOS ABEJORROS.—Comedia en tres actos de Brieux. (Teatro de la Comedia).

TRIPLEPATTE.—Comedia en cinco actos de Tristan Bernard. (Teatro de la Comedia).

EL ARREGLO DE LA CASA.—Comedia en un acto de G. Courteline. (Teatro de la Comedia).

LA MADRE.—Comedia en cuatro actos de S. Rusiñol. (Teatro de la Princesa).

EL HERMANO.—Comedia en un acto de A. Daudet. (Teatro Príncipe Alfonso).

CIGARRAS Y HORMIGAS.—Poema en un acto de S. Rusiñol. (Teatro Príncipe Alfonso).

LA SUERTE DEL MARIDO.—Comedia en un acto de Flers y Caillavet. (Teatro de la Comedia).

ALIVIO DE LUTO.—Comedia en un acto de S. Rusiñol. (Teatro Lara).

EL REDENTOR.—Comedia en tres actos de S. Rusiñol. (Teatro Español).

EL INDIANO.—Comedia en tres actos de S. Rusiñol. (Teatro Español).



